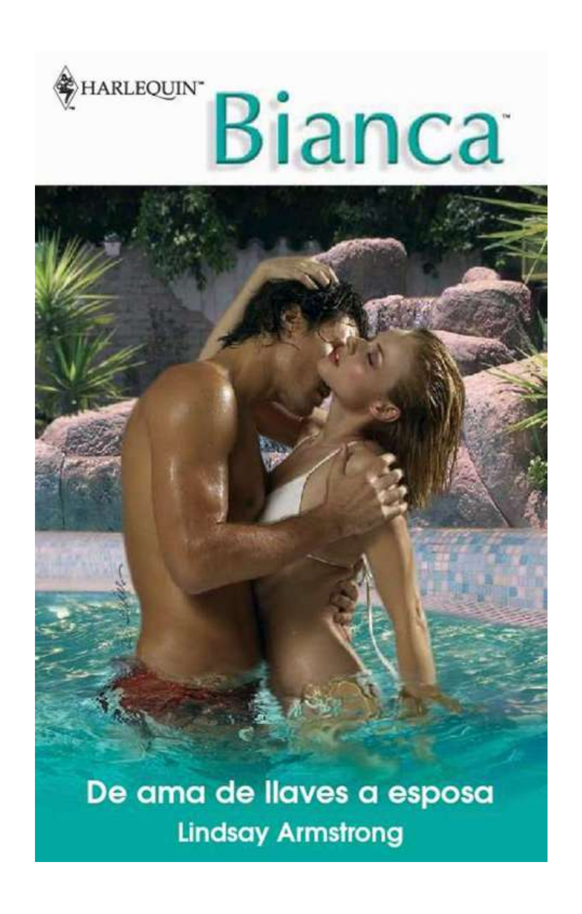


Bianca

De ama de llaves a esposa

Lindsay Armstrong

De ama de llaves a esposa
Lindsay Armstrong



De ama de llaves a esposa (2007)
Pertenece a la temática Matrimonio Forzoso (Wedlocked!)
Título Original: The Australian's housekeeper bride (2007)
Editorial: Harlequin Ibérica
Sello / Colección: Bianca 1780
Género: Contemporáneo
Protagonistas: Lee Richardson y Rhiannon Fairfax

Argumento:

Cuidaba su casa mejor que nadie… sería la perfecta esposa de conveniencia.

Rhiannon Fairfax creía firmemente que todo en la vida debía de ser tranquilo y estar en perfecto orden. De hecho, se ganaba la vida asegurándose de que hasta el último detalle de la vida de aquellos que la contrataban fuera perfecto.

El millonario australiano Lee Richardson la había contratado para que devolviera la vida a su mansión. El complejo y autoritario Lee iba a perturbar la tranquilidad que tanto había luchado Rhiannon por conseguir. Lee necesitaba una esposa… ¡y quería a Rhiannon para el puesto! La eficiente ama de llaves perdió la cabeza y aceptó la proposición. Pero a medida que empezaron a salir a la luz los secretos familiares, Rhiannon no pudo evitar preguntarse si podía confiar en su marido…

Prólogo

Un día Rhiannon Fairfax compartió un taxi con un hombre increíblemente guapo. Tenía veintidós años. Fue en el transcurso de una tormenta espectacular en la ciudad de Sydney e iba a ser una situación memorable.

Se encontraron en una acera mojada de la ciudad. Él llevaba un paraguas y ella, un impermeable amarillo.

Él había llegado primero, pero Rhiannon y el taxi llegaron a la vez y, apartándose la lluvia de los ojos, ella le preguntó si le importaría que lo compartieran porque llegaba tarde al lugar al que se dirigía.

Él accedió, cerró el paraguas y se metió en el taxi. Mientras Rhiannon hacía lo mismo, oyeron que el taxista se quejaba porque le iban a poner perdido el asiento de atrás.

—¡Vaya! —exclamó Rhiannon apartándose la capucha del impermeable.

El desconocido la miró.

—Por lo menos, usted va bien abrigada —comentó al ver que Rhiannon llevaba una capucha de tela azul bajo la del impermeable.

Rhiannon se acordó de que se había vestido con un jersey con capucha que no solía utilizar, pero aquella mañana había tenido frío y había decidido ponérselo.

—Ande yo caliente, ríase la gente —contestó—. ¿Adonde va?

Lee se lo dijo y, junto con el taxista, decidieron dejarlo a él primero y se pusieron en marcha.

Rhiannon se hizo hacia atrás en el asiento mientras los limpiaparabrisas del vehículo trabajaban a toda velocidad. Miró de reojo a su acompañante, un hombre alto, de pelo oscuro y guapo, de ojos azules, pómulos altos y rasgos felinos, hombros anchos y muy bien vestido.

Podría tener treinta y pocos años y Rhiannon se lo imaginó de carácter serio, Sí, desde luego, aquel hombre parecía un hombre de negocios de los que dan miedo cuando entran en una reunión.

Claro que, por otra parte, tenía un aura fascinante que le permitía intuir que haría bien otras cosas. ¿Qué otras cosas? ¿Y de dónde había salido aquella idea? ¿Sería su físico y sus manos de dedos largos y bronceados lo que la había llevado a pensar una cosa así?

De repente, Rhiannon se dio cuenta de que el desconocido también la estaba mirando.

—Perdón —murmuró—. Supongo que estará acostumbrado —añadió sonriendo.

El desconocido sonrió también.

—Lo mismo digo. Es una pena que su ropa deje poco que ver —contestó.

Era cierto que Rhiannon llevaba un abrigo que le llegaba hasta los pies. No tenía ni idea de por qué se sentía con ganas de hablar con un desconocido. A lo mejor, porque su vida acababa de dar un giro inesperado hacía media hora.

—Supongo que las mujeres correrán detrás de usted.

El desconocido se encogió de hombros.

—Ya no y la verdad es que lo prefiero así. Estaba harto de que lo hicieran.

—Vaya, qué pena.

—¿Y usted?

—Yo, la verdad, es que estoy harta de los hombres —contestó Rhiannon desviando la mirada.

—¿Y eso?

—Prefiero no hablar del tema. ¿De qué estábamos hablando antes?

—Bueno, he intentado hacerle un cumplido porque usted me ha hecho uno.

—Ah, sí, es verdad. Lo cierto es que no me considero una mujer espectacular, pero sé que tengo mis atractivos. Mi cuerpo no está mal, soy rubia de verdad y tengo unas piernas especialmente bonitas. En el colegio solían decirme que tenía unas piernas de pecado —rió.

—¿De pecado? ¿Eso se lo decía el cura o qué?

—Casi —rió Rhiannon—. Me lo decían las monjas. Siempre me decían que esas piernas me llevarían al camino de la perdición. Curioso porque en el siguiente colegio al que fui opinaban todo lo contrario. Allí me decían que me ayudarían mucho en la vida.

—¿Fue a dos colegios diferentes?

—Sí, fui a muchos colegios —contestó Rhiannon sin darle importancia.

—Si me las enseñara, las piernas digo, podría opinar —comentó Lee—. Así, le quedaría clara de una vez por todas si son de pecado o si son espectaculares.

—Deberíamos tener en cuenta que tenemos testigos —sonrió Rhiannon refiriéndose al taxista.

Para entonces, habían salido de la ciudad y avanzaban por una calle llena de árboles del barrio de Woollahra, un vecindario rico y privilegiado, el barrio en el que vivía él. El hecho de que el conductor no contestara al comentario de ella se debía, tal y como descubrirían segundos después, a que había perdido el control del coche debido a un charco enorme de agua.

En un abrir y cerrar de ojos, el taxi se subió a la acera y chocó

contra un árbol. A continuación, el vehículo rebotó, atravesó una valla y se quedó sobre una colina que daba a un parque.

Los siguientes minutos fueron caóticos. Tanto Rhiannon como el desconocido habían resultado ilesos, pero el conductor había perdido el conocimiento. Pronto se dieron cuenta de que el coche formaba un balancín y no tenían ni idea de cuánto tiempo aguantaría sin caerse por el terraplén que daba al parque.

Así que decidieron, a pesar de la lluvia, bajar del coche, llamar a la policía y a una ambulancia y sacar al conductor del vehículo, lo que no resultó fácil porque la puerta había resultado dañada.

Si no hubiera sido porque el desconocido resultó ser muy fuerte y extremadamente rápido mentalmente, el conductor habría caído por el barranco.

Rhiannon y Lee dejaron al conductor sobre la hierba. Rhiannon se quitó el abrigo y lo cubrió con él. En un abrir y cerrar de ojos, Rhiannon y Lee se encontraron empapados y llenos de barro.

Mientras esperaban bajo la lluvia, observaron cómo el taxi perdía equilibrio y, poco a poco, caía por la colina y el morro quedaba clavado en la tierra del parque.

—¡Menos mal que hemos conseguido sacarlo a tiempo! —exclamó Rhiannon—. ¿Está usted bien? Se ha hecho una herida en la mano y tiene el traje destrozado.

—Estoy bien —contestó Lee—. ¡Ahí llega la ambulancia!

Efectivamente, la ambulancia y la policía ya llegaban. En pocos minutos, se llevaron al conductor no sin antes haberles asegurado que no le había pasado nada grave.

Para cuando Rhiannon y Lee relataron a sendos agentes de policía lo que había ocurrido, Rhiannon se dio cuenta de que llegaba muy tarde, así que le pidió a una mujer policía que llamara a un taxi, que, milagrosamente, llegó en un abrir y cerrar de ojos.

—¿Quiere que volvamos a compartir el taxi? —le dijo al desconocido al despedirse.

—No, quédeselo usted. Yo estoy al lado y puedo ir andando —contestó él.

—Tenemos que hacer cuentas… —comentó Rhiannon abriendo el bolso.

—No, lo pago yo —contestó el desconocido agarrándola de la muñeca—. Y no acepto un «no» por respuesta.

Rhiannon se quedó mirando aquella mano de dedos largos y estilizados y sintió un estremecimiento de pies a cabeza.

—En cuanto a sus piernas, tiene razón, son espectaculares —comentó el desconocido mirándola a los ojos.

Rhiannon se sonrojó, pero sonrió. El desconocido sonrió también. Por supuesto, tenía una sonrisa increíble.

—Bueno, pues… me tengo que ir —se despidió Rhiannon.

El desconocido se quedó mirándola. Rhiannon parecía haberse quedado clavada a la tierra. Por fin, fue capaz de moverse y de meterse en el taxi para irse.

✲✲✲

Cuando llegó a casa, entró a toda velocidad y se encontró a su padre en el mismo lugar en el que lo había dejado: viendo la televisión.

Rhiannon suspiró aliviada, le dio un beso en la frente y subió a ducharse y a cambiarse de ropa.

Al verse en el espejo, se horrorizó. Se había olvidado de que llevaba la capucha bien pegada y el cordón bien apretado, de manera que no se le saliera el pelo y tuviera las orejas bien calientes.

Qué vergüenza haber conocido a un hombre tan guapo con aquellas pintas. Claro que, ¿acaso no estaba harta de los hombres? Qué ironía.

Capítulo 1

Cuatro años después, Rhiannon Fairfax se encontró mirando al mismo hombre en el vestíbulo de un aeropuerto.

Su vuelo había sido retrasado y se encontraba aburrida y nerviosa.

Aquel hombre al que estaba mirando anonadada era un espécimen bellísimo del sexo masculino. Se trataba de un hombre alto y moreno de rasgos felinos.

Tenía un físico impresionante, tal y como lo demostraban su espalda ancha y sus caderas bien proporcionadas, de las que colgaban unos vaqueros de marca. El atuendo lo completaban una camisa blanca y una cazadora de cuero.

¡Estaba segura de que era el mismo hombre con el que había compartido un taxi hacía cuatro años!

Junto a él había una mujer casi igual de impresionante. Se trataba de una fémina alta y delgada, de pelo también moreno y muy bien vestida. Era una pena que estropeara el conjunto con su actitud sumisa. Él le estaba dando órdenes y ella las acataba obedientemente.

Cuando hubo terminado la retahíla de instrucciones, él sonrió repentinamente a su acompañante, que se sonrojó. A Rhiannon le pareció que la mujer parecía transportada al paraíso. Acto seguido, se fue.

Una vez a solas, el desconocido se dedicó a mirar a su alrededor. Sí, Rhiannon no tenía ninguna duda. Recordaba aquellos ojos azules a la perfección y aquel aire de hombre que conseguía siempre todo lo que se proponía…

Rhiannon se encontró sonriendo al recordar el trayecto en taxi. Cuando se dio cuenta de que la estaba mirando, se quedó de piedra.

El desconocido se tomó su tiempo para examinar su corte de pelo, estiloso y corto, su traje pantalón gris, bien cortado y elegante, y su blusa negra.

La estaba observando tan atentamente que Rhiannon sintió que la piel se le ponía de gallina. A continuación, el desconocido la miró a los ojos, se encogió de hombros y se giró.

Rhiannon se sonrojó de pies a cabeza. Evidentemente, no la había reconocido. No era de extrañar. ¡Con aquella maldita capucha! ¡Y se debía de haber creído que estaba intentando ligar con él!

Rhiannon se mordió el labio inferior al recordar la extraña conversación que habían mantenido en el taxi.

Seguía pensando en ello cuando la llamaron a embarcar. Mientras lo hacía, se fijó en que el desconocido iba en clase *business* en su mismo avión.

Durante el vuelo intentó consolarse diciéndose que aquel hombre tenía que tener algún tipo de defecto. Sin duda, era un arrogante y un vanidoso. Así, para cuando aterrizaron en la Costa Dorada, había conseguido recuperar, más o menos, el equilibrio.

Llevaba media hora concentrada en su nuevo trabajo. En general, se podría decir que era un ama de llaves, pero, si uno quería ser realmente preciso, diría que se había especializado en trabajar para los ricos, y a veces también para los famosos, durante breves espacios de tiempo. En concreto, se dedicaba a reorganizar sus casas para que funcionaran con la mayor eficacia posible. A veces, sólo la contrataban para un acontecimiento en concreto.

Desde luego, no era aquello lo que había soñado que sería su vida. Durante su infancia, en su casa no había faltado nunca el dinero pues sus padres eran ricos y famosos, pero, desde que su madre murió, Rhiannon se había visto obligada a trabajar para vivir.

Entonces, se le había ocurrido que el tiempo que había pasado en un carísimo internado en Suiza podía servirle no solamente para hacer de ella una señorita bien sino para algo más útil.

El resultado era que actualmente, a los veintiséis años, tenía una agencia propia especializada en coordinar al personal de servicio, la decoración, la cocina y todo lo demás que hacía falta para llevar una casa.

Normalmente, nunca aceptaba trabajos que duraran más de un mes. El que iba a comenzar iba a durar eso y le iban a pagar de maravilla. Rhiannon había aprendido a valorar su trabajo y a cobrarlo.

El trabajo que le habían propuesto, aquel trabajo que la había hecho trasladarse a la Costa Dorada, era muy interesante.

Southall, la casa familiar de los Richardson, era una inmensa mansión de campo situada en un lugar paradisíaco de la Costa Dorada. La familia Richardson era propietaria de grandes extensiones de terreno en Queensland y de miles de cabezas de ganado en West Australia y Northern Territory.

Se trataba de una familia que siempre había tenido dinero. Y mucho. Cuando el imperio familiar se había extendido hasta límites insospechados, Southall se había convertido en el cuartel general familiar. Eso había sido durante el matrimonio de Ross y Margaret Richardson.

Cuando cinco años atrás Margaret había muerto, Ross se había vuelto a casar con una mujer tan joven que podría haber sido su hija. Rhiannon se había enterado de aquello por la prensa rosa. El patriarca de los Richardson y su nueva esposa, una modelo llamada Andrea Comero, se habían ido a vivir al sur de Francia y el empresario le

había dejado el imperio familiar a su hijo mayor, Lee, que no estaba casado.

Ross había muerto hacía menos de un año. Ninguno de sus hijos estaba casado cuando su padre contrajo matrimonio con Andrea, pero el más joven, Matthew, se había casado un poco después con una actriz espectacular llamada Mary Wiseman y, después de pasar seis meses de luna de miel recorriendo el mundo, se habían instalado en Southall.

Todo aquello lo sabía Rhiannon por la prensa del corazón, pero no sabía absolutamente nada del hijo mayor, el tal Lee.

Sin embargo, había sido su secretario personal quien la había contratado. Con mucha diplomacia le había indicado que Mary Richardson, de soltera Wiseman, no sabía a sus veintipocos años llevar una casa, pero quería que Southall volviera a disfrutar de su fama de ser un lugar en el que se comía de maravilla, se dormía estupendamente y siempre había compañía interesante, la fama que se había ganado gracias a Margaret Richardson.

Rhiannon no tenía ni idea de dónde encajaba Lee Richardson en todo aquello, pero le daba igual. A ella la habían llamado para poner en marcha Southall y lo iba a hacer encantada porque el dinero le venía muy bien. Si Lee Richardson quería que la esposa de su hermano pequeño se ocupara de Southall no era asunto suyo.

Rhiannon recogió su equipaje y, tal y como le habían indicado, se dirigió al mostrador de información. Estaba a punto de darle su nombre a una de las azafatas cuando oyó una voz grave a su lado que preguntaba a otra de las azafatas si Rhiannon Fairfax se había presentado por allí.

Rhiannon cerró la boca y se giró hacia la persona que había hablado. Al instante, se quedó helada. Aquella persona no era otra que el hombre del taxi, el mismo hombre que obviamente se había confundido y había creído que lo miraba y le sonreía en el aeropuerto porque quería ligar con él.

El hombre la miró.

—Vaya, vaya, pero si es la señorita que estaba intentando ligar conmigo en Sydney —comentó—. Claro que, a lo mejor, la palabra «señorita» no es la más adecuada para usted —añadió mirándola de arriba abajo.

—No estaba intentando ligar con usted, para que le quede claro —contestó Rhiannon en tono frío.

—Si usted lo dice… —insistió el desconocido.

De repente, frunció el ceño.

—Creo que también debería saber que yo soy Rhiannon Fairfax —añadió Rhiannon.

—Vaya, que interesante porque, casualidades de la vida, resulta que yo soy Lee Richardson —contestó el hombre.

—Oh —exclamó Rhiannon.

—Mmm… —contestó Lee mirándola de manera divertida—. Que ironías tiene la vida, ¿eh?

Rhiannon no contestó.

—Y, encima, resulta que la tengo que llevar yo a Southall. Cuando se dieron cuenta de que los dos volábamos en el mismo avión, me hicieron el encargo.

Rhiannon enarcó una ceja.

—La verdad es que la necesitamos desesperadamente, señorita Fairfax. Mi cuñada da una fiesta pasado mañana y todo parece indicar que va a ser un gran desastre.

—¿Y eso? —se interesó Rhiannon.

—Se ha equivocado de fecha y ha contratado al servicio de *catering* para un día que no es. El domingo, que es cuando es la fiesta, todos los servicios de restauración de la zona están hasta arriba de trabajo, así que hay que hacerlo en casa… por supuesto, entiendo que en tan poco tiempo sea usted incapaz de organizar un bufé para treinta personas —comentó Lee.

—Si las tiendas están abiertas, puedo organizarlo perfectamente —contestó Rhiannon con sincera tranquilidad.

Lee Richardson se quedó mirándola. Se trataba de una mujer de estatura media, uno setenta y cinco más o menos, que tenía un cuerpo de curvas deliciosas. Tenía el pelo rubio y liso y lo llevaba corlado a la altura de la barbilla y peinado con raya a un lado. Tenía unos grandes ojos color miel enmarcados por unas larguísimas pestañas. Apenas iba maquillada, pero tenía las mejillas sonrosadas, buen color de piel y los labios brillantes y de color rojo coral.

¿Eran imaginaciones suyas o la conocía de algo? Había algo en su voz y en aquellos ojos vibrantes que le recordaba a alguien, pero Lee no terminaba de saber a quien.

Desde luego, aquella mujer no era lo que esperaba. No era la típica ama de llaves de carácter fuerte capaz de poner orden en una casa que iba, irrevocablemente, hacia el caos.

Para colmo, la había sorprendido mirándolo de manera inequívoca. Lee estaba acostumbrado a que las mujeres lo miraran así cuando se preguntaban qué tal sería en la cama.

Por otra parte, la había herido en su orgullo al dudar de su

capacidad profesional y eso podía ser una herramienta a su favor, así que Lee decidió aprovecharla.

—Lo dudo —contestó.

—Deje que se lo demuestre —contestó Rhiannon mirándolo desafiante.

Lee intentó sonreír.

—Y no se crea que he picado el anzuelo —le advirtió Rhiannon dándose cuenta de su juego.

—¿Ah, no?

—No —contestó Rhiannon—. Que quede claro. He aceptado este trabajo para ayudar a su cuñada. Mi misión es que la fiesta salga bien, pero podría hacer las maletas e irme en cualquier momento.

—Vaya —murmuró Lee Richardson—. A lo mejor, al final, va a ser usted exactamente lo que necesitamos en Southall. Vamos.

***

Mientras el potente 4x4 de Lee Richardson avanzaba hacia su propiedad, Rhiannon se dijo que, tal vez, tendría que haber denegado el trabajo y haber vuelto a su casa, pero no podía permitírselo porque necesitaba desesperadamente el dinero.

Era de noche, así que no apreciaba el paisaje y, para colmo, La sensación era que la oscuridad los encapsulaba en una burbuja de la que era imposible escapar.

Era imposible no darse cuenta de que aquel hombre la afectaba sobremanera. Tenía unas manos fuertes de dedos delgados y Rhiannon se encontró preguntándose qué sentiría si se las pusiera encima.

Lee Richardson tenía un perfil bonito, una espalda ancha y fuerte y conducía el coche con fluidez y autoridad. Rhiannon se lo imaginó comportándose igual en la cama.

Aquello la llevó a cerrar los ojos.

Afortunadamente, poco después abandonaron la autopista y tomaron una carretera secundaria. A ambos lados del asfalto había árboles alineados. La carretera llevaba a unas impresionantes verjas de hierro que daban acceso a la propiedad. Lee paró el coche, apretó un botón y la verja se abrió.

—Ya hemos llegado, señorita Fairfax —le dijo metiendo el coche en el garaje—. Está usted muy callada —añadió abriendo la puerta.

—Si quiere que le sea sincera, me estaba preguntando en que demonios me he metido —contestó Rhiannon.

Lee sonrió.

—Supongo que su trabajo, que consiste en sacar casas del caos, le deparará muchas sorpresas.

—Sí, así es. Por desgracia, a veces las sorpresas no son muy agradables. Quiero que sepa que, de momento, la impresión que tengo de usted, señor Richardson, no es muy favorable.

—Mira, Rhiannon —le espetó Lee tuteándola—, la que me estaba mirando y sonriendo en el aeropuerto de manera inequívoca eras tú, así que la impresión que puedas tener de mí es por eso —le espetó Lee.

—Es cierto que te estaba mirando y sonriendo, pero no para ligar contigo —contestó Rhiannon tomándose la misma confianza—. Era porque nos conocemos de antes —le explicó.

Lee frunció el ceño y se concentró en su rostro. Entonces, de repente, se le iluminó la mente y, sin pensárselo dos veces, le miró las piernas.

—Si hubieras llevado falda, te habría reconocido al instante —comentó.

Rhiannon se dio cuenta de que, efectivamente, ahora sí sabía quién era y se sintió incómoda al recordar con demasiada claridad cómo se había sentido cuando Lee se había fijado en sus piernas y había sonreído cuatro años atrás.

—Me niego a que me reduzcas a un par de piernas maravillosas —se indignó.

—Te recuerdo que la que comenzaste a hablar de tus piernas en el taxi fuiste tú.

Rhiannon se encogió de hombros.

—He cambiado.

—Ya se ve. Ahora ya no eres una niña con ganas de charlar.

—Tengo cuatro años más.

—¿Tanto tiempo hace de aquello?

Rhiannon asintió.

—Para que lo sepas, aquel día tenía ganas de charlar y estaba muy contenta porque acababa de conseguir un trabajo maravilloso. Claro que eso no explica que te dijera lo de las piernas, lo confieso. No sé por qué lo hice.

—Tal vez porque, aunque decías que no querías nada con los hombres, entre nosotros surgió una atracción inmediata.

Rhiannon se quedó mirándolo fijamente.

—Eh… no… sí… quiero decir, que sí, que sigo sin querer nada con los hombres. ¿Y tú? ¿Sigues sin querer nada con las mujeres?

—Efectivamente —contestó Lee—. Entonces, ¿qué fue lo de aquel día?

Rhiannon se encogió de hombros.

—Nada importante —contestó apartándose un mechón de pelo de

la cara—. Mira, creo que sería mejor que nos olvidáramos de todo aquello. Si de verdad quieres que trabaje a gusto y que tu casa vuelva a la normalidad, sería lo más práctico.

Lee pensó que le encantaría tener algo con aquella mujer de rostro privilegiado y atractivo sin igual, pero, teniendo en cuenta que iba a trabajar para él, complicar la situación sería de locos.

—Muy bien —accedió bajando del coche.

Cuando Lee cerró la puerta, Rhiannon sintió como si le hubiera cerrado la puerta en las narices e, inesperadamente, se sintió rechazada.

Sorprendentemente, la casa estaba a oscuras y cerrada, así que Lee Richardson tuvo que sacar las llaves del bolsillo y abrir la pesada puerta de madera. Una vez dentro, mientras avanzaban por el suelo de mármol, fue encendiendo las luces hasta que llegaron a la cocina.

Una vez allí, dejó las llaves sobre una mesa, junto al teléfono, y se dispuso a escuchar los mensajes que había en el contestador pues la lucecita roja no paraba de parpadear.

Rhiannon escuchó la voz de un hombre que parecía nervioso.

—Lee, soy Matt. Mira, Mary se ha puesto muy nerviosa con lo de la fiesta y se ha ido a casa de su madre. Me ha dicho que está segura de que tú y la súper ama de llaves seréis capaces de organizar la fiesta mucho mejor que ella. No llegare hasta el domingo por la tarde. Me pasaré por casa de su madre a recogerla y, luego, iremos para allá… No se lo tengas muy en cuenta, por favor, está embarazada y creo que no lo está pasando muy bien. Además, sé que tú puedes con esa maldita fiesta. Adiós. Ah, por cierto, me parece que las facturas van a ser más altas de lo que habíamos previsto en un principio.

Lee Richardson maldijo en voz baja.

—Madre mía —se lamentó Rhiannon—. ¿Habrá dejado la lista de invitados por lo menos?

—No creo. Eso sería demasiado pedir a Mary —contestó Lee—. ¿Quieres beber algo?

—Una copa de vino, por favor —contestó Rhiannon sentándose.

—¿Te había pasado esto alguna vez? —le preguntó Lee tras servirle la copa y ponerse un *whisky* con agua para él.

—La verdad es que no, pero no pasa nada —contestó Rhiannon—. Los embarazos pueden producir cambios de ánimo muy curiosos —añadió para sí misma—. Tu cuñada es actriz, ¿verdad?

—Sí —contestó Lee—. La verdad es que lo que querría hacer es cancelar la fiesta.

—¿De verdad te parece buena idea? Yo creo que eso no haría sino poner de manifiesto lo mal que te cae tu cuñada.

Lee la miró sorprendido y, a continuación, sonrió.

—¿Tanto se me nota?

—Me temo que sí.

—Ahora entiendo por qué se te da tan bien todo esto. Eres una mujer fría y lógica. Hace cuatro años, jamás hubiera dicho que la chica del taxi fuera una chica fría y lógica.

Rhiannon se revolvió incómoda.

—Al contrario, me pareciste una chica encantadora y muy directa —añadió Lee.

—Por lo que veo, eres incapaz de olvidarte de aquel asunto —le espetó Rhiannon—. Bueno, ¿vas a dar la fiesta o no?

—Sí —contestó Lee tras pensarlo un poco.

—Entonces, me gustaría dar una vuelta por la casa para saber con qué cuento.

—Muy bien, pero, primero, te acompañaré a tu habitación.

✲✲✲

A la mañana siguiente. Rhiannon se despertó a las cinco, justo cuando estaba saliendo el sol, y se quedó un rato en la cama, pensando.

Southall le había parecido un lugar precioso a pesar de que había llegado de noche. El paseo que se había dado por la casa le había servido de mucho. Southall era una casa de muros de piedra y techos de madera, de grandes columnas, con un gran porche lleno de jazmines. En el camino de entrada, había una fuente y preciosas camelias rosas por todas partes.

Las habitaciones principales tenían techos muy altos y estaban perfectamente proporcionadas. Los suelos eran de madera y estaban cubiertos por maravillosas alfombras persas y chinas. Los muebles eran antiguos y los sofás estaban tapizados con terciopelo color topacio y lino blanco.

Rhiannon se había entretenido durante un buen rato con las incontables mantelerías, las seis vajillas, la cubertería de plata y la cristalería. Desde luego, allí había suficiente trabajo como para que una sola persona tuviera que ocuparse de ello.

Eso había sido después de que Lee la acompañara a una habitación maravillosa cuyas paredes estaban empapeladas en tonos azul cielo y blanco y tenía una cama enorme situada sobre una gran alfombra azul. Además, la habitación tenía baño propio.

A pesar de todo, la casa tenía un cierto aire de decadencia.

Rhiannon entendía que era debido a la falta de toque femenino. En aquella casa hacía demasiados años que no había una mujer y que un hombre se ocupaba de todo.

Lee Richardson.

Rhiannon dio un respingo al pensar en él.

Desde luego, Lee Richardson era un hombre increíblemente atractivo que había ocupado sus sueños durante una época, pero Rhiannon se dijo que todo era una fantasía. Su prometido la había dejado al descubrir que ya no iba a heredar una fortuna. Entonces, cuando había perdido lo más preciado que creía tener en la vida, había decidido no volverse a enamorar jamás.

Rhiannon hizo una mueca de disgusto. Era cierto que había vivido como una monja durante todos aquellos años excepto la tarde en la que había compartido un taxi con un desconocido.

Después de aquel episodio, había vuelto a su vida de monja. No le había costado en absoluto mantenerse alejada de los hombres porque siempre había tenido mucho trabajo y varias responsabilidades.

Sin embargo, ahora, de repente. Lee Richardson volvía a aparecer en su vida y Rhiannon no podía sino preguntarse si aquello no querría decir que sus cicatrices ya estaban curadas y que estaba lista para volverse a fijar en un hombre.

Tragó saliva y apartó las sábanas, recordándose que estaba allí para trabajar y no para embarcarse en ninguna relación por muy atractivo que fuera el hombre en cuestión.

¡Era más seguro volverse monja de nuevo!

***

No había nadie en la cocina. La casa parecía desierta. Rhiannon se preparó una taza de té y salió al jardín.

Mientras daba la vuelta a la casa, sintió que se le paraba la respiración. El césped que crecía en la pradera era tan verde, grueso y mullido… Aquel jardín era espectacular y, en medio, había una piscina hecha con rocas naturales. Junto a ella, una caseta con el tejado de cañizo y, más allá, césped y más césped y el Pacífico.

—Buenos días —dijo una voz a sus espaldas.

Rhiannon se giró y se encontró con un hombre que llevaba botas, gorra y mono de trabajo y que se presentó como Cliff Reinhardt, el jefe de jardineros.

Rhiannon se presentó y le hizo un cumplido sobre lo bonitas que estaban las rosas. Inmediatamente, el hombre le ofreció unas cuantas para la casa y también le mostró el huerto con la intención de darle verduras para la comida.

Media hora después, Rhiannon tenía una cesta llena de frutas y hortalizas. Fresas, pepinos, lechugas, tomates, espárragos, berenjenas y suficientes rosas como para llenar varios floreros grandes.

El jardín era el orgullo y la alegría de Cliff y no era para menos. Tenía tres acres, aunque la propiedad al completo tenía quince, de praderas, enormes eucaliptos, caminos secretos y recovecos a la sombra.

Cliff se encargaba de cuidar personalmente las magnolias, pero también había dalias, lavandas y gardenias y otras plantas autóctonas que atraían a todo tipo de pájaros. El jardín de hierbas aromáticas era una obra de arte.

Cliff le contó que, normalmente, vendía la cosecha en el mercado local pues no solía haber nadie en casa aunque, por lo visto, aquello iba a cambiar. También le contó que se había quedado viudo cuando había nacido su hija Christy, que actualmente tenía once años. Ambos vivían en Southall.

Aquel jardinero estaba completamente entregado a la familia Richardson, a la que adoraba. Estaban entrando en la cocina con todo lo que habían recolectado cuando oyeron los cascos de un caballo.

Evidentemente, alguien había salido a cabalgar por la mañana temprano. Resultó ser Lee Richardson, que llegaba acompañado de Christy.

Al llegar a las cuadras, desmontaron y un mozo se encargó de la montura de Lee y de los perros que habían salido con ellos. Al verlos, se acercaron. Christy llevaba a su pequeño poni blanco de las riendas y se lo presentó a Rhiannon, que no dudó en acariciarlo.

Era evidente que aquella niña huérfana de madre adoraba a su caballo. Rhiannon entendía perfectamente lo que era no tener madre, así que, inmediatamente, sintió compasión por la pequeña.

—Que temprano te has levantado —le dijo Lee.

Rhiannon lo miró y se dio cuenta de que, quisiera o no, aquel hombre le gustaba y de que, con sus potentes ojos azules, se daba cuenta de todo. Para empezar, de la batalla interna que estaba librando consigo misma y, para seguir, de las respuestas físicas de su anatomía.

Rhiannon apretó los dientes e intentó controlarse.

—¡Es que tengo por delante dos días muy atareados! —exclamó—. Gracias por todo —le dijo a Cliff.

—De nada —contestó el jardinero—. Mañana le traeré más rosas. Permítame que la ayude con las cestas…

—Ya me encargo yo, Cliff —lo interrumpió Lee agarrándolas y entrando en la casa.

La cocina tenía grandes ventanales que daban al jardín y Rhiannon decidió que era un buen lugar para trabajar, así que dejaron todo sobre la mesa de pino y Lee puso agua a hervir.

—¿A qué hora entra a trabajar el servicio? —quiso saber Rhiannon.

—Sobre las ocho —contestó Lee mirando alrededor—. No andarán por aquí hasta dentro de una hora. Sharon, la cocinera, tiene un niño al que tiene que llevar al colegio, así que suele entrar tarde a trabajar y las doncellas y limpiadoras a las que coordina están encantadas con ese acuerdo —añadió preparándose un café instantáneo—. ¿No te parece bien?

Rhiannon tenía siempre mucho cuidado de no criticar.

—Estaba pensando que, quizá, entre todos podríamos idear un sistema mejor —contestó—. De momento, voy a poner las rosas en agua. ¿Sabes dónde hay floreros?

—La verdad es que no.

—Bueno, estarán por aquí —contestó Rhiannon abriendo un armario detrás de otro.

—A lo mejor, están en los armarios del comedor —sugirió Lee—. Parece que sabes algo de caballos.

—Bueno, de pequeña tuve un par de ponis con muy malas pulgas —contestó Rhiannon sonriendo y yendo hacia del comedor.

Efectivamente, allí encontró cuatro floreros. Dos de cristal, uno de plata y otro de porcelana.

—Esta casa está llena de objetos maravillosos —comentó acariciando el de porcelana—. Me siento como una niña pequeña a la que han dejado sola en una tienda de chucherías —añadió cortando los tallos de las rosas.

Lee se quedó mirándola, observando cómo combinaba los colores, rosa, amarillo, salmón, blanco y crema de manera experta y cómo se apartaba un mechón de pelo de la cara cuando estaba concentrada.

«Esta mujer me interesa cada vez más», se confesó a sí mismo.

—A mi madre y a mi abuela siempre les gustaron los objetos delicados —contestó por fin—. ¿A ti te pasa lo mismo?

—Me temo que sí —sonrió Rhiannon—. Bueno, esto ya está. Luego les buscaré un sitio donde ponerlos, pero, de momento, voy a desayunar porque estoy muerta de hambre. ¿Te apetece una tortilla con hierbas aromáticas?

—Claro que sí —contestó Lee.

—¿Y café del bueno recién hecho? —añadió Rhiannon mirando con desaprobación la taza de instantáneo.

—Rhiannon, ¿te quieres casar conmigo?

Rhiannon se rió.

—Muchas gracias, caballero, pero debo declinar su propuesta amable y educadamente.

—Lo que no entiendo es… vamos a ver cómo lo digo… la familia Richardson tiene mucho dinero, ¿no? —comentó Rhiannon media hora después mientras se tomaban un café después de haber disfrutado de las tortillas.

—Comprendo. Lo que no entiendes es por qué las cosas están así por aquí —sonrió Lee—. Lo cierto es que yo no vengo mucho. En esta casa no ha vivido gente desde que mi padre se trasladó al sur de Francia, pero ahora las cosas han cambiado. Matt y Mary quiere convertir esta casa en su hogar y yo les quiero echar una mano.

Rhiannon asintió.

—Estoy convencido de que mi cuñada quiere aprender —murmuró Lee.

—Haré todo lo que esté en mi mano para enseñarle —contestó Rhiannon—. Eso me recuerda que tengo muchas cosas que hacer —añadió poniéndose en pie.

—Quería hacerte una pregunta. ¿De dónde has salido, Rhiannon?

Rhiannon se encogió de hombros.

—¿Dónde has aprendido todas estas cosas?

—Aquí y allá. Seguro que tu secretario tiene mi *curriculum* y ha verificado mis referencias. No te preocupes, jamás se me pasaría por la cabeza llevarme la plata.

—No lo decía por eso. ¿Por qué tanto secretismo?

—Yo hago bien mi trabajo y procuro mantener siempre una distancia profesional con mi cliente, por decirlo de alguna manera.

—Una última cosa. Eres hija de Luke Fairfax, ¿no?

Capítulo 2

Rhiannon se quedó de piedra.

—¿Cómo lo sabes?

—Ayer, antes de irme a la cama, me conecté a Internet. Tu apellido me sonaba de algo. No tarde en dar con el nombre de tus padres, Luke y Reese Fairfax, dos músicos que organizaban conciertos al aire libre, conciertos legendarios que los convirtieron en millonarios. Decía que tenían una hija llamada Rhiannon, que tiene actualmente veintiséis años —le explicó Lee—. Según lo que leí, tu padre sigue vivo, pero tu madre murió coincidiendo con la quiebra de la empresa.

Rhiannon tragó saliva.

—Así es, pero no entiendo por qué te interesa tanto la historia de mi familia.

—Quiero que sepas toda la verdad. Aunque no tiene nada que ver contigo personalmente, la familia Richardson perdió mucho dinero cuando el imperio de tu padre se colapso porque éramos uno de sus acreedores.

—Qué bonito —comentó Rhiannon apesadumbrada—. ¿Me estás dando a entender que dudas de mi honradez? Si es así, me voy inmediatamente.

—Oh, no, no te puedes ir…

—No me lo puedes impedir —le espetó Rhiannon.

—Claro que puedo, pero no lo haré —le aseguró Lee—. Siéntate y escúchame.

Rhiannon lo miró y se estremeció.

—Te escucho, pero prefiero quedarme de pie.

Lee se encogió de hombros.

—Tu honradez no está en tela de juicio —le aseguró—. No fue la falta de honradez de tu padre lo que propició la ruina de la empresa. Hubo muchos otros factores involucrados. Desde luego, se tomaron decisiones completamente equivocadas, pero es cierto que el negocio de los conciertos es difícil de predecir —añadió sentándose y metiendo las manos en los bolsillos del pantalón—. Por supuesto, muchos de los detalles no se saben —concluyó mirando a Rhiannon con ojos inquisidores.

Rhiannon se sentó y se sirvió otra taza de café.

—Supongo que la única heredera de aquella fortuna jamás pensó que terminaría trabajando en esto —comentó Lee.

—No, la verdad es que no, pero lo cierto es que me gusta mí trabajo —contestó.

—¿Que fue lo que llevó a tu familia a la ruina?

—Supongo que si erais unos de los acreedores de mis padres, tienes derecho a saberlo, pero permíteme que primero te pregunte cómo fue que tu familia le prestó dinero a la mía.

—Mi familia tiene una flota de camiones. Al principio, los utilizábamos para el transporte de ganado, pero, poco a poco, fuimos viendo que también podíamos aprovecharlos para otras cosas. Por ejemplo, a tu padre le hacíamos el transporte de todos los equipos de sonido y de luces para los conciertos —contestó Lee.

—Comprendo —dijo Rhiannon cerrando los ojos un momento—. Bueno, todo empezó a ir mal cuando a mi madre le diagnosticaron una enfermedad incurable. A mi padre le afectó tanto que comenzó a contratar a grupos malísimos que no llenaban los conciertos, la gente dejó de ir a los espectáculos que organizaban, las deudas eran cada vez más acuciantes y, además… además, mi padre comenzó a invertir en Bolsa para intentar recuperar el dinero perdido, pero le fue muy mal. Cuando mi madre murió, entró en una profunda depresión.

—Ahora lo entiendo todo —dijo Lee—. ¿Qué tal está ahora?

—Está mejor, está mucho mejor. Ha vuelto a la música. Mi padre es guitarrista y su hermana, que es viuda y vive con nosotros, es pianista, así que entre los dos les dan clases a varios chicos e incluso a un par de bandas escolares. Por desgracia… —se interrumpió Rhiannon con tristeza.

—Continúa —la animó Lee.

—Necesita una prótesis de cadera y no tenemos seguro médico privado. La lista en el sistema público es interminable, así que estoy ahorrando todo lo que puedo para hacerle la operación en una clínica privada.

—Lo siento. Supongo que será una carga difícil.

Rhiannon echó los hombros hacia atrás.

—Puedo con ella.

—¿Eres la única persona en casa que gana dinero?

—Más o menos. Mi padre tiene una pensión y Diana, mi tía, da las clases de piano, pero… bueno, ahora que mi trabajo va bien y que me gano bien la vida, todo es mucho más fácil. Aquel día en el que nos conocimos hace cuatro años…

—¿Sí?

—Bueno, aquel día estaba muy contenta y parlanchina porque había conseguido mi primer trabajo. Por supuesto, a una escala mucho más pequeña de lo que hago hoy en día, pero era el principio de algo grande. Tenía mucha prisa porque había dejado a mi padre en casa solo para ir a la entrevista y por aquel entonces estaba muy preocupada por él y no me gustaba dejarlo solo.

Lee se quedó mirándola intensamente.

—Eso me recuerda que estoy aquí para trabajar, así que debo ponerme en marcha —dijo Rhiannon de repente—. A menos que… a menos que hayas cambiado de opinión en lo que se refiere a mí y prefieras que me vaya. Lo entendería —añadió.

—¿Tengo pinta de monstruo? —le preguntó Lee.

—No —contestó Rhiannon sonrojándose—. Pero entiendo que es una situación difícil y que…

—Estás bien dónde estás —le aseguró Lee.

—Muy bien, gracias. Cambiando de tema, tengo que ir a la compra y me gustaría saber cuál es el pueblo más cercano y si tienes establecido algún tipo de sistema de crédito con las tiendas o debo llevar dinero.

—No, no hace falta que lleves dinero. Todo lo que compres en Mount Tamborine, que es el pueblo más cercano, lo puedes cargar a mi cuenta. Te voy a hacer una carta de presentación —contestó Lee entregándole las llaves de un coche—. Puedes llevarte el monovolumen azul.

Media hora después, Rhiannon aparcó el monovolumen Mercedes en Mount Tamborine, que resultó ser un pueblo precioso en el que había galerías de arte, tiendas de artesanía y restaurantes con muy buena pinta.

Rhiannon vio varios autobuses de turistas y se dio cuenta de que aquel pueblo formaba parte de una ruta bastante concurrida.

Cuando volvió a Southall, Rhiannon vio un Lamborghini amarillo aparcado en la puerta.

Le llamó la atención el color del coche, pero no volvió a pensar en él porque, al entrar en la cocina, se encontró con Sharon, que ya se había incorporado al trabajo. El ama de llaves resultó ser una mujer de treinta y tantos años, muy simpática y agradable.

—Menos mal que ha venido alguien a hacerse cargo de la fiesta —le comentó sinceramente.

—Sí, la fiesta se va a celebrar —contestó Rhiannon—. Por cierto, ¿no sabrá usted quiénes son los invitados?

—No sé los nombres y apellidos, pero sí sé que son amigos de Mary de la televisión y del cine. Algunos vienen de muy lejos.

—Supongo que a la cuñada del señor Richardson se le hará un poco difícil vivir aquí… —comentó Rhiannon.

—Lo cierto es que sí. La pobre mujer se pasa mucho tiempo sola porque su marido viaja mucho y… no me mal interprete, pero lo

cierto es que es un poco caprichosa. Tengo la sensación de que está acostumbrada a hacer lo que le dé la gana en todo momento.

—Comprendo.

—Ahora que lo recuerdo, me comentó que había contratado a un pinchadiscos. Espero que le diera la fecha correcta. No sé si se lo comentó a Lee. También me dijo que, seguramente, serían más de treinta personas. Por lo visto, había perdido la cuenta, pero calculaba cuarenta o cincuenta porque decía que tenía muchos amigos.

—Se lo voy a comentar a Lee —suspiró Rhiannon.

***

Mientras lo buscaba, se encontró con una mujer increíblemente bella, probablemente la mujer más guapa que había visto en su vida. Al principio, se preguntó si sería Mary Richardson, pero pronto se dio cuenta de que no era así. Aquella mujer, que debía de tener treinta y pocos años, caminaba de manera marcial y parecía furiosa.

—Buenos días —la saludó Rhiannon presentándose.

—¡Vaya, el ama de llaves! Buenos días, soy Andrea Richardson —contestó la mujer.

—¿Quiere decir…? —se sorprendió Rhiannon.

—Sí, la madrastra malvada —la interrumpió Andrea.

—No, no iba a decir eso…

—Ya. Eso será porque lleva poco tiempo por aquí.

—Bueno, yo lo único que sé es que es usted la segunda mujer de Ross Richardson. Nada más.

—Efectivamente, lleva usted poco tiempo por aquí. Si llevara un poco más, ya le habrían dicho que soy una cazafortunas que lo único que he hecho desde que llegó ha sido pisar la memoria de la madre de los hijos de mi marido —añadió con ironía.

—Yo sólo voy a estar aquí un mes y he venido a trabajar, no a dejarme llevar por los cotilleos —le aseguró Rhiannon.

—En ese caso, nos llevaremos bien. A partir de ahora, no le extrañe que sea yo la que dé las órdenes —se despidió Andrea alejándose con un furioso vaivén de caderas.

Rhiannon encontró a Lee en la biblioteca.

Al abrir la puerta, se quedó mirando las paredes cubiertas de libros, avanzó a través de la alfombra roja turca mientras el aroma de los jazmines, que entraba por los ventanales abiertos, perfumaba la estancia.

Rhiannon se acercó a la enorme mesa en la que Lee estaba

trabajando en el ordenador y se dio cuenta, al verlo a él también enfadado, de que Andrea Richardson estaba furiosa porque había mantenido una conversación con él.

Lee levantó la vista de la pantalla.

—Siento mucho molestarte, pero…

—Rhiannon, por favor. Siéntate —le indicó—. ¿Malas noticias? —le preguntó al ver que estaba algo pálida.

—Lo cierto es que estoy un poco confusa. Parece ser que podríamos tener entre manos un conflicto de intereses —contestó Rhiannon.

—¿Por qué lo dices?

—Me acabo de encontrar con… tu madrastra. Me ha dado a entender que, de ahora en adelante, será ella la que me diga lo que hay que hacer.

Lee apretó los dientes.

—No —se limitó a contestar.

—Pero…

—Rhiannon, lo que hemos hablado tú y yo ayer es lo que cuenta y punto.

—Pero Andrea podría hacerme la vida imposible.

—Andrea no vive aquí.

—Muy bien. Me alegro de saberlo. En cuanto a la fiesta… vamos a ver, me parece que no va a ser una cena tipo bufé para treinta personas como te había dicho tu cuñada si no, más bien…

Y Rhiannon le contó lo que le había dicho Sharon.

—¡Maldita sea! —exclamó Lee.

—Lo del pinchadiscos me parece buena idea. Así, estarán entretenidos —lo tranquilizó Rhiannon—. Lo digo porque deben de ser de la misma edad que tu cuñada, ¿no? ¿Qué tiene? ¿Veintidós años?

—Sí, cuatro menos que tú…

—Ya, pero eso es diferente —contestó Rhiannon encogiéndose de hombros—. Hasta que una no pasa por algunas pruebas en la vida no madura. Da igual la edad. Además, por lo visto… se encuentra un poco sola aquí…

—Ya… Mira, a mí me viene bien que alguien de la familia viva aquí y, además, para su matrimonio es mejor estar aquí que hacer lo que Mary quería hacer.

Rhiannon enarcó las cejas.

—Mary quería que se fueran a vivir a Brisbane o a la costa —le explicó Lee—. Por lo visto, quería continuar con su profesión.

—Me parece normal —contestó Rhiannon—. Hoy en día, todas las

mujeres casadas quieren hacerlo.

—No me vengas con rollos feministas, ¿de acuerdo? No lo digo por eso, lo digo porque, si mi cuñada quería continuar con su profesión y con su estilo de vida, tendría que haber pensado un poco en la vida que lleva mi hermano antes de casarse con él.

—¿Y qué vida lleva tu hermano?

—Una vida con muchas responsabilidades y una apretada agenda de trabajo.

—¿Y no podría trabajar tu hermano desde una ciudad donde ella estuviera mejor?

—Sí, claro que podría, pero, después de haber estado seis meses viajando por el mundo y gastando un montón de dinero, porque eso era lo que ella quería hacer, me parece que no es demasiado pedir vivir unos meses donde él quiera e interesarse un poco por la familia Richardson, ¿no?

Rhiannon se frotó los ojos.

—Además, está embarazada —añadió Lee.

—Puede que, en teoría, tengas razón, pero las teorías no suelen ser fáciles de llevar a la práctica —contestó Rhiannon—. En cualquier caso, me alegro de que no sea mi problema —añadió encogiéndose de hombros.

—¿Para ti no sería un problema?

—¿El qué?

—Vivir en Southall.

—Claro que no —contestó Rhiannon con seguridad—. Todo lo contrario —añadió poniéndose en pie—. En cuanto a la fiesta…

—Sí, la fiesta…

—Verás, el tema de la comida está controlado. La vamos a dejar hecha esta tarde. Así, mañana sólo habrá que calentarla. En lugar de servirla en el comedor, la voy a poner en el porche, que es lo suficientemente grande como para poner el bufe, la pista de baile y el pinchadiscos.

—Qué buena idea —contestó Lee—. Si mal no recuerdo, tenemos unas cuantas estufas de ésas en forma de seta por si hace frío.

—Genial. Sharon me ha dicho que un par de chicas del pueblo van a subir a ayudarla en la cocina. El único problema es que, como van a venir más invitados de los que creíamos, puede que no tengamos suficientes camareros.

—Déjame pensar… Cliff solía ayudar a mi madre a montar las mesas cuando hacía fiestas. Seguro que te ayuda a ti también. Tenía un amigo que era camarero. Déjame que hable con él. Bueno, parece que todo va bien, ¿no?

Rhiannon asintió con aire ausente pues estaba pensando en todo lo que tenía que hacer.

—Me gustaría pedirte sólo una cosa más —dijo Lee.

—Di me.

—Me gustaría que acudieras a la fiesta como invitada.

—¿Estás loco? —se sorprendió Rhiannon.

Lee negó con la cabeza.

—¡Pero si voy a estar hasta arriba de trabajo!

—¿No me acabas de decir que Sharon tiene ayuda, que la comida va a quedar hecha hoy y yo te he dicho que ya arreglo yo lo de los camareros?

—Pero… es que… de todas formas… no tengo nada que ponerme —objetó Rhiannon.

—Seguro que encuentras algo de Mary que te quede bien.

—¿Pero por qué prefieres que acuda a la fiesta como invitada y no como empleada?

—Porque creo que, como invitada, podrás controlarlo todo mucho mejor —contestó Lee.

Lo cierto era que no estaba muy seguro de por qué le había pedido aquello. Tenía muy claro que la fiesta saldría a las mil maravillas aunque ella no estuviera a la vista, aunque lo controlara todo desde un segundo plano.

Entonces, ¿a qué venía aquella invitación?

—¿Te da miedo, Rhiannon? —La retó.

—¿Miedo? ¿Por qué iba yo a tener miedo? —Se indignó Rhiannon.

—Porque, a lo mejor, en una fiesta no eres capaz de seguir fingiendo indiferencia hacia mí.

Rhiannon sintió que enrojecía de pies a cabeza, apretó los puños y se apartó un mechón de pelo de la cara.

—Llevo toda la mañana preguntándome si a ti te pasará lo mismo que me pasa a mí. ¿Y qué me pasa a mí? Que me gustas —confesó Lee.

Rhiannon sintió que palidecía. No estaba, ni muchísimo menos, dispuesta a confesar que a ella también le gustaba, pero tampoco se atrevía a negarlo porque estaba segura de que Lee no la creería.

¿Qué le estaba ocurriendo? Hacía cuatro años que había visto a aquel hombre por primera vez y era cierto que, durante algún tiempo, no había podido dejar de pensar en él, pero eso era ya agua pasada.

—¿Rhiannon?

—Como quieras —contestó encogiéndose de hombros—. Tú mandas. Eres el jefe —añadió dándole a entender que no estaba dispuesta a caer en sus juegos—. Me tengo que ir. Tengo mucho trabajo —añadió poniéndose en pie y dirigiéndose a la puerta.

—Sabes que no es verdad. Estás huyendo —le recriminó Lee.

Rhiannon se giró hacia él y lo miró a los ojos con aire desafiante.

—Piensa lo que quieras. Me importa muy poco.

—Lo que estoy pensando en estos momentos es que es una pena que lleves vaqueros porque no luces tus maravillosas piernas —contestó Lee mirándola de arriba abajo con aire divertido.

Rhiannon tomó aire.

—Pierdes el tiempo —lo avisó.

—Ya veremos —contestó Lee.

Una vez a solas, se preguntó qué demonios estaba haciendo.

Capítulo 3

—¡Comida, maravillosa comida! —cantaba Sharon. Durante las horas que trabajaron juntas, le contó a Rhiannon que le encantaba cantar. De hecho, era miembro de la Sociedad de Amigos de la Opera de Mount Tamborine.

Además, también jugaba al baloncesto y era simpática. Sharon le había confesado que, si Southall tenía que recuperar su esplendor, necesitaba desesperadamente la fuerza que Margaret Richardson le había dado.

—La señora siempre sabía qué servir, siempre se encargaba de las flores personalmente, decoraba las mesas y, en su época, el personal de limpieza limpiaba de verdad. Yo no consigo que lo hagan y Mary tampoco.

Rhiannon estuvo a punto de preguntarle por Andrea Richardson, que parecía haber desaparecido en su Lamborghini amarillo, pero cambió de opinión.

Le resultaba muy fácil trabajar con Sharon. Pronto tuvieron preparada la cena del día siguiente a base de marisco, una de las preferencias de la gente de por allí. Prepararon guiso de langosta y cangrejos con espárragos verdes y salsa de hierbas aromáticas y brandy.

Aquél iba a ser el plato estrella, pero también habría bandejas y bandejas de gambas y de ostras. Por supuesto, no todo iba a ser marisco, así que también habían preparado dos patas de jamón cocido con azúcar y zumo de piña.

Sharon había preparado tres tipos diferentes de arroces, un pollo y buey con verduras al estilo asiático. Rhiannon había preparado fritada de verduras y al día siguiente daría buena cuenta de las hortalizas frescas que le había regalado Cliff. Ya tenía pensado preparar coliflor gratinada, varias ensaladas y pisto.

Y, entre las dos, habían preparado cuatro tartas que se servirían con natillas y helado de postre.

—Ya está —anunció Rhiannon observando la obra de arte—. Cuando empiece a llegar la gente, tendremos que calentar un poco todo y lo mantendremos caliente en las fuentes especiales —le explicó a la cocinera—. En el último momento, serviremos las gambas y las ostras y haremos las ensaladas. Sólo habrá que servir el pollo y cortar el jamón. ¡Ha salido todo de maravilla! —sonrió.

Eran las cinco de la tarde, así que Rhiannon se quitó el delantal, le dio las gracias a la cocinera y dio la tarde de cocina por terminada.

—Nos vemos mañana. No madrugues demasiado porque tenemos

un día muy largo por delante. Por cierto, ¿quién cuida de tu hijo mientras trabajas?

—Mi madre. Por eso, no hay problema. Antes de irme, le voy a preparar la cena a Lee. Le encanta la carne y…

—No te preocupes, Sharon, hoy no voy a cenar en casa —dijo el aludido entrando en la cocina—. Quería verte antes de que te fueras para darte esto —añadió entregándole un sobre—. Es por el trabajo extra que estás haciendo y también un pequeño regalo para tu madre.

—¡No hacía falta! —exclamó Sharon sonrojándose.

—Ya sé que no hacía falta, pero me apetecía hacerlo —contestó Lee poniéndole el sobre en la mano y empujándola amablemente hacia la puerta de atrás.

—Un bonito detalle por tu parte —le dijo Rhiannon una vez a solas con él—. Sharon es una buena mujer y una gran trabajadora. Por lo que has dicho, no vas a cenar en casa, ¿no?

—No, ni tú ni yo.

—¿Cómo? No me apetece salir y, además, no me lo has consultado —protestó Rhiannon.

—Te lo pregunto ahora y te advierto que no pienso aceptar un «no» por respuesta. Señorita Fairfax, ¿le gustaría bajar a cenar al pueblo conmigo? Llevas todo el día cocinando, así que supongo que no te apetecerá seguir un rato más. Venga, demuéstrame que no te caigo tan mal como parece.

—Yo no he dicho en ningún momento que me caigas mal —se defendió Rhiannon.

—Más o menos, es lo que me has dado a entender.

—Pues no ha sido esa mi intención. ¿Satisfecho?

—No a menos que salgas a cenar conmigo —sonrió Lee.

Rhiannon no contestó. Lee se acercó a la nevera, sacó una botella de vino blanco, sirvió dos copas y le entregó una.

—Anda, sube a darte un buen baño, lávate el pelo y arréglate. El restaurante al que me apetece llevarte es informal, pero muy agradable y se come muy bien. Nos vamos a las seis y media. Si me dices que no, te aseguro que te meto yo mismo en la bañera.

Rhiannon lo miró indignada y Lee se rió.

—Claro que yo ya me he duchado —comentó.

—No he creído en ningún momento que lo dijeras en serio.

—No me pongas a prueba porque, a lo mejor, resulta que te llevas una sorpresa y te gusta y todo.

Rhiannon lo miró a los ojos e, inconscientemente, se encontró imaginándose en la ducha con él; visualizó a Lee enjabonándole la espalda y…

Rhiannon se apresuró a cortar aquellos pensamientos y a abandonar la cocina.

Mientras se ponía el perfume que su tía le había regalado en Navidad, se encontró pensando en Andrea Richardson.

Había hecho lo que Lee le había dicho. Se había dado un buen baño de agua caliente, se había lavado el pelo y se había cambiado de ropa. Ahora llevaba unos pantalones de lino marrón y un top de punto en color lima con un cinturón ancho de hebilla de bronce.

De repente, se encontró preguntándose qué posición ocupaba la viuda de Ross Richardson en aquella familia. Evidentemente, una que no le gustaba, a juzgar por su forma de actuar.

Rhiannon se encogió de hombros, se miró al espejo y tomó aire.

—No ha sido mala idea, ¿eh? —dijo Lee.

Estaban sentados uno a cada lado de una mesa con mantel de cuadritos rojos y blancos, en el porche de una casa de campo convertida en restaurante.

—No, la verdad es que no —tuvo que admitir Rhiannon—. Tenía hambre, ¿sabes?

—Supongo que, cuando estás cocinando, a veces debes de tener la tentación de probar la comida.

—Sí, hay que tener mucha fuerza de voluntad.

—A ti seguro que eso te resulta fácil. Pareces una mujer muy disciplinada. Y seguro que no sólo en la cocina.

—Así es, pero no sé por qué lo dices; no me conoces de nada.

—¿Nos vamos a poner otra vez a las malas? —dijo Lee enarcando una ceja.

Rhiannon le dio un trago al vino y lo miró a los ojos.

—No lo sé. ¿Tú qué opinas?

Lee sonrió.

—Yo creo que nos encanta discutir, pero ya sabes que la guerra siempre termina y los que discuten terminar haciendo las paces y llevándose bien.

—No creo.

—Mentirosa —la acusó Lee con amabilidad.

Rhiannon se quedó mirándolo y desvió la mirada abruptamente.

—¿Podríamos hablar de otra cosa?

—Por supuesto —contestó Lee encogiéndose de hombros—. ¿De qué quieres que hablemos?

Rhiannon se quedó pensativa.

—Háblame de tu vida.

—Bueno, mi vida ha cambiado desde que murió mi padre y tuve que hacerme cargo de todo. Antes, me gustaba estar en el campo, pero ahora tengo que pasar mucho tiempo en la ciudad. ¿Tú has vivido alguna vez en el campo?

—¿En una finca ganadera? Bueno, una vez pasé unas vacaciones maravillosas en Beaufort, en Kimberley, con la familia Constantin. ¡Me hicieron un baile y todo!

—Los conozco. Sí, conozco a Tatiana y Alex Constantin. Además de ganadero, Alex cultiva perlas y las exporta.

—Sí, mis padres me regalaron uno de sus collares de perlas de los Mares del Sur cuando cumplí dieciocho años. Recuerdo que era un collar precioso. Lo tuve que vender, una pena. ¿Qué pasa? —dijo al ver que Lee la miraba fijamente.

—Entonces, ¿las fincas ganaderas no te parecen lugares aburridos y llenos de polvo?

—¡Claro que no! ¿Por qué me lo preguntas?

—Por nada en especial —contestó Lee—. A Mary no le gustan demasiado.

—Para serte sincera, me da un poco de pena tu cuñada. Aunque no la conozco, me da la sensación de que no está muy contenta con la vida que lleva.

—No te preocupes, Mary sabe cuidarse sólita. Por cierto, ¿qué te ha dicho exactamente mi madrastra esta mañana?

—Bueno, estaba disgustada y me ha dado a entender que tú crees que es la madrastra mala del cuento que se casó con tu padre por dinero —contestó Mary algo incómoda.

—¿Algo más?

—Bueno… yo creo… mira, no es asunto mío, pero, por lo visto, ella siente que tiene derecho a ocupar algún lugar de Southall.

Lee no contestó.

Rhiannon se terminó la copa de vino mientras decidía si preguntaba lo que tenía en la punta de la lengua o no. Al final, le pudo la curiosidad.

—¿A qué se dedica?

—A nada útil, sólo sabe meter cizaña. Vive entre el sur de Francia y Australia, pero está convencida de que Southall debería ser suyo.

—¿Por qué dices que se dedica a meter cizaña?

—A Mary, por ejemplo, le ha metido en la cabeza que es muy fácil poder compaginar su antigua vida con su nueva vida y no para de decirle que tiene que convencer a mi hermano para que se vayan a

vivir a Brisbane. Lo último que se le ha ocurrido es que quiere organizar una misa aquí en el aniversario de la muerte de mi padre.

—Veo que no te hizo ninguna gracia que se casara con él.

—Mi padre le doblaba la edad, mi madre había muerto hacía poco tiempo y Andrea convenció a mi padre para que se casara con ella en secreto, sin decirnos nada ni a Matt ni a mí.

—Vaya, que astuta —murmuró Rhiannon.

—Eso es lo que ella se cree, pero no sabe con quién ha ido a dar —contestó Lee con dureza—. Bueno, ¿nos vamos? Son las nueve y me gustaría acostarme pronto.

Rhiannon asintió.

—Muchas gracias por la cena. Era lo que necesitaba —dijo sinceramente.

Tras cruzar las verjas de hierro, Lee frenó el coche antes de entrar en el garaje.

—¿Has visto eso? —le preguntó a Rhiannon.

—¿Qué? No, no he visto nada… Espera un momento —contestó Rhiannon poniéndose el dedo índice sobre los labios—. Es un caballo —añadió escuchando atentamente.

Efectivamente, un caballo acababa de relinchar.

—No es un caballo, es el maldito poni de Christy —maldijo Lee bajando del coche.

—¿*Poppy*? ¿Y qué hace fuera de las cuadras a estas horas de la noche?

—Se escapa constantemente y los perros lo están persiguiendo. Se lo deben de estar pasando todos en grande —contestó Lee.

—¿Y el mozo de las cuadras y Christy y Cliff?

—El mozo duerme en su casa y Cliff y su hija bajan todos los sábados por las noches al pueblo a jugar al ajedrez y al *Scrabble* —le explicó Lee bajando del coche y silbando a los perros.

Al instante, dos perros salieron de la oscuridad, fueron hacia él y se sentaron a su lado.

—Puedes salir del coche, Rhiannon, no hacen nada. Además, me vas a tener que ayudar con *Poppy*. A este maldito animal le encanta abrir los aspersores —comentó viendo que había varios charcos en el suelo.

—Voy —contestó Rhiannon bajándose del coche—. ¿No estará comiéndose todo lo que encuentre en el huerto?

—No sé por qué accedí a que ese poni se quedara aquí.

—Posiblemente porque quieres mucho a Christy… —sonrió

Rhiannon.

Cuando llegaron a las cuadras, descubrieron cómo había conseguido salir *Poppy*. Había hecho un agujero en la parte baja de la puerta y había conseguido escapar por allí.

—Desde luego, es muy listo —rió Rhiannon a pesar de que Lee maldecía en voz alta mientras guardaba a los perros.

A continuación, agarró dos cuerdas y varias galletas. Tal y como Rhiannon había sospechado, encontraron al animal en el huerto. Allí, también había puesto en marcha otro aspersor, que estaba inundando las zanahorias.

—Pobre Cliff —se lamentó Rhiannon tras ver los daños a la luz de la luna.

—A ver si así se plantea comprarle a su hija un caballo bien educado —contestó Lee—. Vamos a acorralarlo en aquella esquina —propuso—. Ven aquí, *Poppy* —lo llamó.

El poni tenía otras ideas, pero con dos jinetes expertos ante él y una valla de madera a sus espaldas, no tuvo más remedio que rendirse finalmente, aunque en la batalla Lee se rasgó la camisa.

Mientras lo devolvían a su cuadra, ninguno de los dos habló. Una vez allí, dieron de comer a los demás caballos y a los perros, que no paraban de alborotar.

—Pareces un muñeco de nieve pero de barro —sonrió Rhiannon—. Tienes barro por todas partes, en el pelo, en el cuerpo, por todas partes.

—Ya lo sé. Y tú pareces la mujer de barro, parece como si hubieras estado en algún ritual tribal —contestó Lee—. Se me ocurre una idea —añadió acercándose a la manguera, encendiendo el grifo y poniéndoselo encima de la cabeza.

—¡Te toca! —le dijo al terminar.

Rhiannon no podía parar de reírse, así que no pudo decirle que no. Además, tampoco le parecía mala idea, así que dejó que Lee la mojara de pies a cabeza.

De repente, algo cambió entre ellos.

Apareció el deseo.

Rhiannon se encontró admirando el torso desnudo de Lee.

—Pareces una sirena —comentó él con voz ronca.

—Pero vestida —contestó Rhiannon.

Al mirarse, comprobó que tenía la camisa empapada y que se le transparentaban los pezones. Con los muslos le pasaba lo mismo.

—No tan vestida —murmuró Lee.

Rhiannon se sonrojó y apretó los puños, intentando controlarse mientras Lee la mirada de arriba abajo. Era como si hubiera una

corriente eléctrica entre ellos. El interior de las cuadras se encontraba bañado por la luz de la luna, se oía a todos los animales comiendo muy contentos y Rhiannon se encontró pensando que, si hubiera sido un poco más joven y espontánea de nuevo, se habría entregado a aquel hombre sin problema.

Por miedo a que Lee hiciera un movimiento y ella no fuera capaz de negarse, decidió romper la magia del momento.

—Creo que es buen momento para que ambos recordemos que solamente soy el ama de llaves. Buenas noches —se despidió.

A continuación, cruzó el jardín en dirección a la cocina. Lee no la siguió, pero no la perdió de vista hasta que entró en la casa.

A la mañana siguiente, Rhiannon no lo vio y dio gracias al cielo por ello porque tenía muchas cosas que hacer para la fiesta.

La fiesta era la excusa perfecta para no pensar en ciertas cosas. No había pasado buena noche. Además, tenía que consolar a Cliff y a Christy.

—Mi padre me ha dicho que, si *Poppy* vuelve a hacer una de éstas, lo vende —se lamentó la adolescente con lágrimas en los ojos—. Lee está enfadado y mi padre, también. Por lo visto, *Poppy* ha pisoteado todas sus begonias y ha destrozado el huerto.

—Ya lo sé —contestó Rhiannon.

—La verdad es que nunca había visto a Lee de tan mal humor —le confesó la chica.

—No te preocupes, ya se les pasará a los dos. Mientras tanto, tienes que tener más mano dura con tu poni, Christy. Ahora no tengo mucho tiempo para ayudarte, pero después de la fiesta ya nos las ingeniaremos, no te preocupes.

La chica se alejó más contenta.

Rhiannon seguía pensando en ella cuando se encontró con Lee, lo que hizo que su encuentro fuera bastante tenso.

Rhiannon estaba colocando la cubertería en el armario del comedor, cada servicio envuelto en una servilleta de lino, cuando Lee entró en la sala de camino a la cocina.

—Vaya, si es solamente el ama de llaves —la saludó con ironía parándose a su lado.

Rhiannon lo miró de soslayo y siguió con lo que estaba haciendo.

—Buenas tardes.

—¿Qué tal le va el día, señorita Fairfax?

—Todo lo bien que cabría esperar dadas las circunstancias, señor Richardson. ¿Y a usted?

—Bueno, con alguna complicación. Las cosas están un poco tensas.

—¡Pues no lo pagues con Christy! —le espetó Rhiannon.

Lee abrió la boca y la volvió a cerrar.

—¿Y qué quieres que haga? ¿Le digo que lo que ha hecho ese caballo está fenomenal y es digno de premio?

Rhiannon apretó los dientes.

—No, pero no lo pagues con ella porque estés enfadado conmigo.

—¿Por qué dices eso?

—Los hombres tenéis egos muy frágiles… Mira, ya que, de alguna manera, hemos iniciado esta conversación, te voy a decir lo que realmente pienso. Alguien tiene que ayudar a Christy con *Poppy*. ¿Por qué no lo haces tú?

—Vaya, desde luego, eres una ama de llaves de lo más completa —comentó Lee en tono molesto—. Me pregunto si, para cuando te hayas ido, habrás dejado algún aspecto de nuestras vidas sin organizar.

—Sólo tiene once años, no tiene madre y quiere mucho a su poni. Desde luego, no hace falta ser muy listo para darse cuenta de esas cosas.

—¿Estás diciendo que me convierta en un susurrador de ponis en mi tiempo libre?

Lee se quedó mirándola muy serio.

—Ya que eres tan lista, Rhiannon, a ver si me puedes ayudar con la siguiente situación. Resulta que me he pasado toda la noche recordándote con la ropa mojada y, luego, imaginándote desnuda entre mis brazos —le espetó.

Rhiannon no contestó.

—A lo mejor estás así de quisquillosa, precisamente porque a ti te ha pasado lo mismo —aventuró—. De ser así, ya me puedes ir explicando por qué demonios nos estamos peleando.

Rhiannon intentó replicar, pero se había quedado sin palabras. Lee sonrió y se fue hacia la puerta. Una vez allí, se giró hacia Rhiannon de nuevo y los dos hablaron a la vez.

—Mira —dijo él.

—Escucha —dijo ella.

—Adelante.

—Creo que lo mejor sería que dejáramos nuestros temas personales de lado porque tenemos un día muy duro por delante —sugirió Rhiannon.

—Me parece bien. ¿Qué te parece si firmamos un alto el fuego por lo menos para el día de hoy?

—Me parece muy bien. ¿Sigues queriendo que vaya a la fiesta en calidad de invitada? Yo creo que sería mucho más fácil si…

—Siento decirte que, en eso, no he cambiado de parecer. Te quiero a mi lado. Me eres de un valor increíble.

—¿Por qué? —Se sorprendió Rhiannon.

—Porque tienes mucho talento. Se ve a la legua. La verdad es que me recuerdas a mi madre. Era una mujer que mezclaba sus habilidades sociales con un pragmatismo inigualable y un afecto genuino hacia los demás. La perfecta anfitriona.

—¡Ese papel le corresponde a Mary! —objetó Rhiannon.

Lee se encogió de hombros.

—Puede que algún día, sea así, pero de momento… ¿aceptas el trato?

—No sé…

Lee la miró y le dedicó una de sus espectaculares sonrisas.

—¡Está bien! —accedió Rhiannon volviendo a concentrarse en su tarea de colocar los cubiertos envueltos en una servilleta.

Quedaban dos horas para que llegaran los invitados y Rhiannon estaba contenta con los preparativos, así que decidió hacer un descanso. Mientras se dirigía a dar un paseo, pasó por el porche para ver cómo iba Cliff, que estaba preparando las mesas.

Había colocado tres, cubiertas por manteles de lino verde botella en un rincón. Allí iba la comida y la bebida. Había mesas más pequeñas y redondas aquí y allá con sillas para que la gente se sentara.

También había velas por todas partes, en las mesas y demarcando el perímetro del porche. En la mesa principal había un enorme jarrón con rosas y un candelabro de plata de seis brazos con velas rosas.

—Hace un tiempo maravilloso, así que esta noche será una buena noche para la fiesta —le comentó Rhiannon al jardinero, muy feliz.

—Además, hoy hay luna llena —contestó Cliff—. Desde aquí se ve preciosa.

—¡Qué bien! —exclamó Rhiannon encantada.

A continuación, decidió ir a dar una vuelta por la rosaleda. Estaba atardeciendo y los pájaros sobrevolaban el jardín con sus cantos de despedida del día, preparándose para irse a dormir. El riego estaba puesto y olía a césped mojado. Rhiannon tomó aire profundamente y se dijo que aquel sitio era realmente bonito.

Lo cierto era que le recordaba a su casa, la casa que había tenido antes de que sus padres se arruinaran. No era tan grande como

Southall, pero sus padres tenían una finca preciosa en las Blue Mountains, junto a Sydney.

Al pensar en aquella casa, y en su padre y en su madre, se encontró llorando. Se apresuró a secarse las lágrimas de las mejillas y se giró dispuesta a volver a la casa para seguir con los preparativos de la fiesta, pero, al hacerlo, se chocó de bruces con Lee.

—¿Qué te pasa? —le preguntó al ver que estaba llorando.

—Nada —contestó Rhiannon—. Hay polen y me debe de dar un poco de alergia.

Lee no parecía muy convencido, así que Rhiannon se puso a hablar de lo primero que se le pasó por la cabeza.

—¿De dónde vienes? —le preguntó viendo que llegaba todo sudado y con una toalla alrededor del cuello.

—De boxear —contestó Lee.

—¿Eres boxeador?—Se horrorizó Rhiannon.

—¿Algo en contra?

—¡Es un deporte espantoso!

—No hagas juicios si no sabes de lo que estás hablando, por favor. El boxeo, si se practica de manera civilizada y técnica, respetando las normas, es una de las mejores válvulas de escape que existen para que los chicos aprendan a controlar sus venas destructivas. Anda, ven conmigo, que voy a nadar un poco.

Rhiannon dudó, pero acabó aceptando la invitación.

—¿Te refieres a algunos chicos en especial? —le preguntó.

—Se trata de un grupo de adolescentes que practica en el gimnasio que mi familia puso hace unos años. Nos encargamos del mantenimiento y a mí me gusta pasarme por allí siempre que ando por aquí.

—Vaya, muy encomiable por tu parte si no fuera boxeo lo que practicas con ellos.

—Además de practicar boxeo, los comprendo bastante bien —contestó Lee—. Yo a su edad, me creía invencible, me encantaban los coches, las motos y la velocidad, además, por supuesto, de las chicas y llevar una vida regalada.

Rhiannon lo miró con los ojos como platos.

—Es bastante normal que a los chicos nos gusten esas cosas a esa edad.

—Supongo que sí. Sobre todo, cuando tu familia tiene dinero.

—Por supuesto.

—¿A ti también te salvó el boxeo?

Lee asintió.

—El boxeo y un tutor muy inteligente. Además del boxeo,

practicaba polo para aprender a canalizar la energía de manera más productiva.

—¡Menudo deporte más elitista! —comentó Rhiannon poniendo los ojos en blanco.

—Sí, pero además también es competitivo, requiere mucho esfuerzo físico y es peligroso —murmuró Lee.

—Seguro que, aun recuperado para la sociedad, seguirías siendo el terror de las chicas —comentó sin pensar lo que decía.

—Más o menos —admitió Lee quitándose la camiseta—. De todas formas, para que lo sepas, estaban encantadas conmigo.

Rhiannon se imaginó a Lee Richardson con veinte años y no pudo evitar estremecerse de pies a cabeza. Se imaginó a aquellas adolescentes que, obviamente, sabrían que aquel chico era peligroso, indefensas ante su sonrisa, cediendo a sus encantos.

Exactamente igual que le había pasado a ella dos días antes en el aeropuerto.

—Me imagino que tendrías muchas maneras de canalizar la energía de manera más productiva en las fincas ganaderas de tu familia —comentó apartando aquellos pensamientos de su mente.

—Claro que sí —sonrió Lee—. De pequeño, me encantaba estar con el ganado, pero luego me mandaron interno a un colegio y, más tarde, pasé varios años en la universidad.

Mientras hablaba, se había quitado los pantalones, dejando al descubierto un bañador blanco y rojo.

—¿Por qué no te das un baño conmigo? —le preguntó de repente.

Rhiannon se dio cuenta de que lo estaba mirando fijamente. Otra vez. Y, otra vez, le costaba apartar la mirada porque aquel hombre era una verdadera obra de arte.

—Yo… bueno… es que no tengo bañador —contestó dando un paso atrás.

—¿No te has traído bañador? ¿Acaso no tenías intención de bajar a la playa? —le recriminó Lee avanzando hacia ella.

—Tenía intención de comprarme un biquini, pero todavía no he tenido tiempo —contestó Rhiannon con la respiración entrecortada.

—No hay mucha diferencia entre un biquini y la ropa interior —objetó Lee.

—Para mí, sí hay diferencia. Además, con tu reputación…

Aquello hizo reír a Lee.

—Además de que ya no soy aquel adolescente del que hemos hablado, jamás me abalancé sobre ninguna chica, aunque estuviera en ropa interior, sin que ella me invitara —le aclaró.

—Y supongo que no pararías hasta obtenerla.

—Rhiannon —dijo Lee apartándole un mechón de pelo de la cara —. Lo que hay entre nosotros se debe, única y exclusivamente, a una atracción espontánea —añadió fijándose en cómo le subía y le bajaba a Rhiannon el pecho, excitado por la respiración entrecortada.

—Yo no creo en la atracción espontánea —contestó Rhiannon—. Para que lo sepas, ese concepto me pone de los nervios —añadió frustrada.

—¿Por qué? ¿Acaso no puedes soportar no tenerlo todo bajo control?

Rhiannon lo miró con los ojos como platos.

—Déjate llevar de vez en cuando —sonrió Lee—. En cualquier caso, Rhiannon Fairfax, que sepas que no me engañas. Tengo muy claro que entre nosotros hay una atracción bastante fuerte y, por si tú no te has dado cuenta, en el momento en el que bajes la guardia, tu cuerpo actuará por sí solo y acabará gustoso en mi cama —añadió mirándola de arriba abajo, desnudándola con la mirada.

Rhiannon se obligó a respirar para intentar apartar de su mente las escenas que las palabras de Lee habían evocado, pero no lo consiguió. De repente, se encontró imaginándose desnuda entre sus brazos, admirando su cuerpo, percibiendo su olor a sudor y cuero mientras él recorría su piel con los dedos y…

—Bueno, lo dicho, yo me voy a dar un baño —comentó Lee sacándola de sus ensoñaciones—. Tú haz lo que quieras, pero te aconsejo que te des una buena ducha fría.

Y, dicho aquello, se giró y se tiró de cabeza a la piscina.

Rhiannon sólo tenía un atuendo que podía pasar por un vestido de fiesta.

—¿Por qué no me habré negado? —se preguntó amargamente en voz alta mientras se miraba al espejo de su habitación—. ¿Qué habría pasado?

Seguramente, Lee habría anulado la fiesta, lo que habría causado una situación bastante caótica. Rhiannon se planteó que, tal vez, también lo hubiera hecho por demostrarle que no significaba nada para ella.

Rhiannon cerró los ojos y se dio cuenta de que tan pronto quería deshacerse de él como levantarse a la mañana siguiente en su cama.

Se había puesto una falda negra por encima de la rodilla con medias negras también, una camisola suelta color coral, un collar de plata de cuatro vueltas con cuentas de jade y pendientes largos a juego y sandalias negras de tacón. No se había llevado ningún bolso de

fiesta, así que decidió utilizar una bolsita de terciopelo que se colgó de la muñeca.

Se había lavado el pelo, así que la melena le caía brillante y sedosa. Rhiannon recogió el baño y la habitación y decidió bajar a ayudar a Sharon.

Lo que fuera con tal de intentar aplazar el inevitable encuentro con Lee Richardson.

De repente, se dio cuenta de que Matt y Mary todavía no habían llegado.

A las siete menos cuarto, Rhiannon se dirigió al porche. Allí, comprobó que las velas ya estaban encendidas y el aire olía a rosas, la comida estaba en su sitio y el porche estaba precioso.

Lee Richardson ya estaba allí, más guapo que nunca con un traje gris, una camisa negra y una corbata plateada.

—Tu hermano y su mujer no han llegado todavía, ¿no? —dijo Rhiannon nerviosa pues Lee la estaba mirando.

—Acaban de llegar —contestó—. Desde luego, para no tener nada que ponerte, te has apañado bastante bien.

—Gracias —murmuró Rhiannon incómoda.

Lee sonrió y se giró hacia las dos personas que llegaban en ese momento. Matt Richardson no se parecía en nada a su hermano. Era más bajito y más cuadrado, de pelo castaño y rizado, ojos almendrados y sonrisa fácil y amplia.

—Muchas gracias por tu ayuda —le dijo a Rhiannon cuando Lee los presentó—. Mi mujer te está muy agradecida, ¿verdad, cariño?

Mary Richardson era espectacular Se trataba de una mujer de pelo rubio con mechas rojizas, ojos azul turquesa, piel blanca como la leche y una figura de modelo en la que el embarazo no había causado ningún estrago.

Llevaba un vestido de tirantes color turquesa a juego con sus ojos compuesto por falda de tul, cintura apretada y cuerpo de lentejuelas. Completaban el atuendo unas sandalias de dos tiras de tacón alto y un broche exquisito de diamantes que colgaba de una cadena de platino que caía entre sus pechos.

Estaba sensacional.

—¡Hola! —le dijo a Rhiannon con mucho entusiasmo—. ¡Está todo precioso! —añadió mirando a su alrededor—. Rhiannon, ¿por qué no te vienes a trabajar para nosotros de manera permanente? ¡Seguro que eres un ama de llaves maravillosa!

Su marido en encogió disgustado y su cuñado le dedicó una mirada

asesina que Mary no vio porque estaba a su lado.

—Sí, Rhiannon, yo estoy de acuerdo con Mary. ¿Por qué no te lo piensas? —dijo Andrea Richardson llegando al porche.

Si Mary estaba guapa, Andrea estaba igual de espectacular con un vestido negro de escote palabra de honor, que se ajustaba a su cuerpo y realzaba su piel color marfil, completado con un magnífico collar de rubíes del mismo color que sus labios que colgaba de su cuello.

—Gracias —murmuró Rhiannon—, pero tengo otros planes.

Andrea se encogió de hombros y se giró hacia la mesa principal. A continuación, ladeó la cabeza, se acercó, movió el candelabro y las rosas y sonrió satisfecha.

—Así está mejor —comentó girándose hacia Lee con el mentón levantado en actitud desafiante.

Rhiannon iba a contestar, pero en aquel momento apareció Cliff ataviado con una camisa blanca, pantalones negros y chaqueta negra. Sobre la manga de la mano izquierda llevaba una servilleta blanca doblada y una pequeña bandeja de plata con cinco copas de champán.

—Gracias, Cliff —dijo Lee tomando dos copas y dándole una a Rhiannon—. Ven a ver la luna —le dijo.

Rhiannon lo siguió hasta que estuvieron fuera del alcance de su hermano, su cuñada y su madrastra. La luna estaba enorme y naranja sobre el horizonte.

—Te pido perdón —comentó Lee—. Mary ha hablado sin tacto, y de Andrea ni hablemos.

Rhiannon se retiró el pelo de la cara.

—¿Sabías que tu madrastra iba a venir a fiesta?

—Sí.

—No te preocupes. Si han hablado sin tacto, ha sido sin darse cuenta. No como tú antes.

—¿Ya me hablas?

—Sólo si es absolutamente necesario.

Lee sonrió.

—A veces, la verdad duele —comentó—. ¿Por qué llorabas antes?

—No empieces otra vez, por favor.

—¿Pensabas en tu padre?

—¿Como lo sabes? —Se sorprendió Rhiannon.

Lee se encogió de hombros.

—Sí, estaba pensando en él. A veces, me resulta casi imposible no sentirme triste —confesó suspirando—. Pero esta noche tengo que estar concentrada en otras cosas —añadió tomando aire y echando los hombros hacia atrás—. Espero que todo salga bien. La gente que viene es muy joven, ¿sabes? Si beben demasiado, podríamos tener algún

problema…

—No te preocupes por eso, he contratado a una empresa de seguridad —contestó Lee.

Rhiannon lo miró sorprendida.

—En esta casa, tal y como tú muy bien comentaste ayer, hay muchos objetos antiguos de valor. No conozco de nada a los amigos de mi cuñada, así que prefiero ser precavido —le explicó.

—¿Cómo no se me habrá ocurrido? —se preguntó Rhiannon a sí misma en voz baja.

Lee se quedó mirándola. A pesar de que había tenido un duro día de trabajo, estaba preciosa y, desde luego, seguía teniendo unas piernas espectaculares.

—Como verás, hacemos un buen equipo —comentó.

Rhiannon sonrió y, como si de repente se hubiera acordado de que no le hablaba, se giró hacia la luna y se quedó mirándola.

Lee aprovechó para mirarla a ella. Desde luego, aquella mujer había madurado, pero seguía teniendo un toque de vulnerabilidad que lo volvía loco, y Lee se encontró preguntándose qué la habría llevado a renegar de los hombres.

Una cosa era que una chica de veintidós años con una mala experiencia no quisiera saber nada de los hombres y otra que, a los veintiséis años, siguiera pensando lo mismo.

Claro que Lee sabía por propia experiencia que, a veces, era muy difícil superar aquellos traumas. Estaba pensando en ello cuando comenzaron a llegar los primeros invitados.

Varias horas después, la comida había desaparecido y los que la habían hecho desaparecer bailaban encantados.

«De momento, todo va bien», pensó Rhiannon cruzando los dedos.

Mary Richardson estaba en su salsa bailando con sus amigos, que, de momento, no se habían desmadrado lo más mínimo.

Matt y Lee habían hecho de anfitriones a la perfección, el primero más afectuoso y natural mientras que el segundo, siempre educado, se había mostrado mucho más serio, lo que había hecho que los chicos lo miraran con respeto y las chicas… bueno, las chicas lo miraban de otra manera.

Incluso muchas de ellas miraban a Rhiannon como diciendo «qué suerte tienes» porque, al no haberse separado en toda la noche, debían de creer que eran pareja.

Durante la fiesta, a Rhiannon le habían sobrado las ocasiones para darse cuenta de que Lee y Andrea se llevaban fatal, pero también se

había percatado de que Mary y Andrea se llevaban muy bien.

Tras retirar las mesas, el pinchadiscos se hizo el amo del lugar, haciéndolos bailar a todos al son de su música.

—¿Bailas? —le preguntó Lee a Rhiannon.

—Bueno…

—¿Bueno? O bailas o no bailas.

—No es así de sencillo. Bailo, pero no te creas que lo hago muy bien…

Lee la tomó entre sus brazos y Rhiannon sintió una de sus manos en la cintura. Mientras bailaban, pensó que bailaban bien juntos. Demasiado bien.

Aquel baile se le estaba subiendo a la cabeza. Tener a Lee Richardson pegado a su cuerpo, sentirlo tan cerca, la estaba volviendo loca, pero se sentía bien, lo que hizo que se dejara llevar por la música y pasara un buen rato.

—¿De verdad crees que no bailas bien? —le preguntó Lee.

—Yo no he dicho eso —contestó Rhiannon.

—Ya veo que estabas intentando buscar una excusa para no bailar conmigo —sonrió Lee—. Bailas de maravilla, Rhiannon.

—La verdad es que hacía tanto tiempo que no bailaba que hasta yo misma estoy sorprendida. Supongo que bailar es como montar en bicicleta, que nunca se olvida.

—¿Y por qué hace tanto tiempo que no bailabas?

—¡Por un montón de cosas!

—Compártelas conmigo —le dijo Lee al oído mientras la agarraba de la cintura.

—No sé… —contestó Rhiannon mordiéndose el labio inferior.

Lee se dio cuenta de que estaba nerviosa. Lo cierto era que el también lo estaba. Aquella mujer lo excitaba sobremanera.

Rhiannon intentaba pensar con normalidad. La música seguía siendo de baile, pero Lee se las había ingeniado para llevarla al lugar donde horas antes habían observado la luna. Allí, la música se oía lejana y se podía hablar con normalidad.

Rhiannon miró por encima del hombro de Lee. La zona que habían abandonado estaba llena de gente bailando y las luces de colores que el pinchadiscos había instalado hacían que sus rostros aparecieran rosas, violetas y verdes.

—Hace años, tuve un novio —comentó Rhiannon tras tomar aire —. Estábamos prometidos y nos íbamos a casar, pero cuando se enteró de que ya no iba a heredar nada porque mis padres se habían arruinado, me dejó. Para acabar de complicar las cosas, me enteré poco después de que estaba embarazada. Al final, sufrí un aborto

natural y perdí el niño —le explicó.

—Ya decía yo… —murmuró Lee.

—¿Cómo? Pero si es imposible que tú supieras nada de mi embarazo.

—La otra noche, cuando comentaste en la cocina que el embarazo te puede hacer cambiar de ánimo, me pareció que lo decías por experiencia propia —le recordó Lee.

—Ah… —murmuró Rhiannon—. La cosa es que, después de aquello, decidí que no quería nada con los hombres. Desde entonces, no me fío de la atracción física que pueda sentir por ninguno y, por supuesto, no me fío de mí misma a la hora de elegir. Por eso…

—Entonces eras más joven, Rhiannon —la interrumpió Lee—. No estoy diciendo que no sufrieras, pero…

En aquella ocasión, fue Rhiannon la que lo interrumpió.

—Tenía veintiún años y te puedo asegurar que estaría loca, completamente loca, si me arriesgara a pasar por lo mismo.

Lee se quedó mirándola a los ojos.

—A lo mejor, lo viviste con más intensidad debido a la situación de tus padres.

—No te digo que no, pero, si algún día me caso…

—Vaya, me alegro de saber que no te niegas en redondo a esa posibilidad.

—Como te estaba diciendo, si algún día me caso, será con un hombre que jamás me haga daño. Obviamente, será alguien que me guste y en quien confíe, un hombre con el que pueda construir algo bonito, con el que tenga un provecto de vida común, pero te aseguro que no esperaré que se enamore locamente de mí y yo tampoco me enamoraré locamente de él.

Lee la tomó de los hombros.

—Menuda declaración de independencia —sonrió.

—Lee, no me interesa tener aventuras de una noche. La única razón por la que estoy aquí es porque he venido a trabajar. Si me perdonas, tengo cosas que hacer —añadió evaporándose de repente.

Capítulo 4

—Vaya, ¿ya lo tienes todo recogido? —se maravilló Rhiannon al entrar en la cocina.

—Sí, esto de tener dos lavavajillas es una ventaja —contestó Sharon.

Era casi medianoche, así que decidieron empezar a calentar las quiches de beicon y huevo y el café que servirían a la una de la madrugada.

—A ver si, así, se dan por aludidos y empiezan a pensar en irse a casa —comentó Rhiannon.

Mientras preparaba las quiches y el café en compañía de Sharon, se preguntó de dónde demonios se había sacado la idea de un matrimonio de conveniencia. ¿Habría sido porque se había dado cuenta de que no era tan inmune a la atracción física como ella creía?

Rhiannon se recriminó, sentirse atraída físicamente por Lee Richardson. Aquello era exactamente lo que se había prometido a sí misma que jamás volvería a permitirse.

A continuación, se le ocurrió que, tal vez, fuera aquel lugar. Sí, era cierto que Southall era un sitio maravilloso, un lugar que podría convertirse en su hogar fácilmente porque allí habían vivido varios matrimonios felices con sus hijos, y eso era algo que a Rhiannon le atraía poderosamente aunque le diera miedo enamorarse.

Rhiannon se dijo que, tal vez, como resultado de su trabajo, al estar en contacto con las familias, se le había metido aquel diablillo en la cabeza. En cualquier caso, era imposible que ocurriera nada con Lee Richardson porque, tal y como él también había admitido, tenía sus razones para no querer saber nada de las mujeres.

¿Cuáles serían aquellas razones?

—¿Empezamos a servir el café? —le preguntó Sharon por tercera vez.

—Sí, sí, claro —contestó Rhiannon saliendo de sus pensamientos —. ¿Te importaría encargarte tú, por favor? Yo ya no puedo soportar más ruido.

—Déjalo de mi cuenta —contestó la cocinera—. Por cierto, te has dejado el teléfono móvil en la cocina y ha sonado hace un rato. Para cuando lo he encontrado, la llamada ya se había cortado. Supongo que tendrás un mensaje. Te lo he dejado en la encimera.

—Gracias —contestó Rhiannon.

A continuación, comprobó con horror que la habían llamado de su casa.

Llamaba a su tía todos los días dos veces y aquel día lo había

hecho y todo iba bien, así que el hecho de que la hubieran llamado una tercera vez no era buena señal.

Rhiannon marcó los números del contestador automático y escuchó el mensaje de su tía.

***

Media hora después, Lee la encontró acurrucada en una mecedora en la casita de la piscina. En aquella ocasión, no podía disimular que había estado llorando porque tenía toda la máscara de ojos corrida.

—Rhiannon, ¿qué te pasa? Sharon está muy preocupada porque dice que has desaparecido después de haber recibido una llamada.

—Lo siento mucho, pero me tengo que ir mañana mismo —contestó Rhiannon.

—¿Le ha pasado algo a tu padre?

Rhiannon asintió.

—Le iban a poner una prótesis de cadera, pero ha tenido un accidente de coche y se ha roto la pelvis y se ha dañado varios órganos internos. Todo se ha complicado mucho y ahora lo van a tener que operar, por lo menos, de tres cosas diferentes. He reservado un billete de avión para el primer vuelo de la mañana, que es a las diez —le explicó entre sollozos.

—No llores —le dijo Lee acercándose a ella y obligándola a ponerse en pie—. Ven conmigo.

—Pero… ¿y la gente?

—Ya se están yendo —le explicó Lee—. De todas maneras, dispongo de un ala privada donde nadie nos molestará. Te invito a un brandy.

Rhiannon estaba tan mal que no se opuso.

El ala privada de Lee daba a las praderas orientales de la mansión. Por lo que había visto Rhiannon de momento, se trataba de un dormitorio con un salón que disponía de entrada propia desde el porche.

Una vez allí, Lee encendió un par de lámparas y Rhiannon vio que se trataba de una estancia cómoda y masculina.

—¿Con quién juegas? —le preguntó al ver qué tenía un tablero de ajedrez con fichas de marfil sobre la mesa.

—Con Cliff —contestó Lee sirviendo dos copas de brandy.

—Mi padre y yo… —dijo Rhiannon mordiéndose el labio inferior.

—Toma —dijo Lee entregándole una de las copas—. Si quieres, puedes poner los pies arriba —sugirió.

Rhiannon se quitó los zapatos y se hizo un ovillo en el sofá. Lee se quitó la chaqueta y se deshizo el nudo de la corbata.

—Supongo que, de momento, tu padre estará ingresado —comentó.

—Sí. Tengo que ir a su lado —contestó Rhiannon desesperada.

—Por supuesto —dijo Lee sentándose en una butaca—. Si quieres, te llevo al aeropuerto mañana por la mañana, pero…

En aquel momento, sonó el teléfono. Lee contestó. Por sus respuestas monosilábicas, a Rhiannon le resultó imposible saber quién llamaba o para qué.

—Ahora vuelvo —anunció Lee colgando el auricular y poniéndose en pie—. Tomate el brandy y descansa —añadió acercándose al equipo de música y poniendo un CD.

—¿Pasa algo?

—No, nada que tenga que ver contigo… Relájate, Rhiannon —contestó Lee saliendo y cerrando la puerta detrás de él.

Rhiannon cerró los ojos y se dejó llevar por las notas de *El sueño de una noche de verano* de Mendelssohn. Aun así, no pudo evitar preguntarse si alguno de los últimos invitados habría hecho algo y rezó para que no fuera así.

Le dio otro trago al brandy e intentó concentrarse en lo que estaba sucediendo, pero le resultaba casi imposible pues los párpados le pesaban mucho.

Rhiannon se terminó la bebida con la esperanza de poder mantenerse despierta, pero se quedó dormida.

Se despertó justo antes del amanecer.

Lo supo porque lo vio en el reloj digital que había sobre la mesilla. De repente, se dio cuenta de que en la habitación de invitados que ocupaba en Southall no había ninguna mesilla así ni ningún reloj así.

Rhiannon dio un respingo y descubrió que estaba completamente vestida. Al alargar el brazo para dar la luz, tiró un vaso de agua al suelo. En ese momento, se encendió una luz en la estancia de al lado.

Al instante, reconoció que se trataba del salón de Lee. Eso quería decir que ella estaba en su dormitorio.

¡En su cama!

En aquel momento, apareció Lee en la puerta, bostezando y desperezándose, ataviado con un pijama.

—Dios mío —murmuró Rhiannon apartando las sábanas con la intención de levantarse de la cama.

Lee cruzó la habitación en un par de zancadas y se sentó junto a

ella.

—Rhiannon, no te preocupes, no pasa nada. Anoche, cuando volví, te habías quedado dormida, así que te metí en mi cama.

—¿Y tú?

—Yo he dormido en el sofá.

—Muchas gracias. Lo siento mucho. Siento mucho haberte dado tantos quebraderos de cabeza. No sé porqué me quedaría dormida —se lamentó Rhiannon.

—Pues no es muy difícil de entender —contestó Lee enarcando una ceja—. Después de todo el día trabajando sin parar y con las noticias que te dieron de tu padre…

Rhiannon cerró los ojos y lo recordó todo, lo que hizo que se pusiera a llorar.

—Perdón —se disculpó—. Normalmente, no voy llorando por ahí.

—Supongo que no —contestó Lee tomándola entre sus brazos—. Si quieres, puedes llorar sobre mi hombro.

Rhiannon no lloró, pero aprovechó el hombro que Lee le ofrecía para apoyarse y tomar aire varias veces. Se sentía como una guerrera solitaria en mitad del desastre. Era cierto que podía contar con su tía, que siempre había estado a su lado, pero se sentía sola. Cuando el imperio de su padre se había ido abajo, cuando su madre había muerto y durante los largos años de duro trabajo también se había sentido sola.

Poder contar con el hombro de otra persona era un gran consuelo. No quería que Lee Richardson se apartara, quería seguir apoyada en él, pero levantó la cabeza y lo miró a los ojos.

Al instante, sintió que el corazón comenzaba a latirle desbocado y vio que Lee cerraba los ojos y sintió que apartaba los brazos, como si hubiera tomado una repentina decisión.

—No —le dijo—, no me sueltes.

—Rhiannon —contestó Lee.

—Te necesito —insistió Rhiannon acercándose a su boca—. Necesito que me digas que, a pesar de que lo que tengo que vivir ahora va a ser duro, hay esperanzas y todo va a salir bien. Por favor —imploró besándolo.

Lee se tensó un momento, pero, a continuación, la abrazó y la besó con pasión. Rhiannon se tumbó sobre las almohadas y dejó que Lee siguiera su collar de plata y jade, que se perdía entre sus senos, que le quitara la blusa y la falda, se estremeció al sentir sus dedos sobre los pezones y ahogó una exclamación cuando terminó de quitarle la ropa.

A continuación, Lee se desnudó también y se quedó mirándola, disfrutando con aquellas preciosas curvas y aquellas interminables

piernas. Cuando se sació, abrió el cajón de la mesilla, extrajo un preservativo y se tumbó a su lado en la cama.

Rhiannon suspiró de placer y se perdió entre sus brazos, maravillada de lo que le hacía sentir mientras la agarraba de las caderas. Se sentía viva, sensual y deseable, la compañera perfecta para Lee Richardson.

Rhiannon se encontró jugando con la estela de rizos oscuros que partían del torso de Lee, cruzaban su abdomen y se perdían entre sus piernas. Lee le agarró los dedos, se los besó y los llevó de exploración por todo su cuerpo.

Aquello excitó a Rhiannon sobremanera y comenzó a moverse contra su cuerpo, arqueando las caderas, presionando sus pechos contra su torso, permitiendo que Lee le acariciara los pezones y juguetearan con ellos.

Rhiannon se dio cuenta de que era la primera vez en su vida que se dejaba llevar tanto haciendo el amor con un hombre. Jamás había recibido ni dado tanto.

Los juegos y las caricias los estaban elevando a las cumbres de las montañas del placer. Iban juntos. Y, cuando llegaron, el orgasmo fue tan fuerte y tan potente que Rhiannon tuvo que morder la esquina de la almohada.

Sus cuerpos se estremecieron a la vez, bañados por el sudor, abrazados, saciados.

—¿Estás bien? —le preguntó Lee al cabo de un rato, después de haberla tapado con las sábanas y aún teniéndola entre sus brazos.

Rhiannon asintió.

Lee le apartó el pelo de la cara y la besó en los labios.

—Ha sido increíble.

Rhiannon volvió a sentir y sonrió.

—Lo siento.

—¿Por qué? —Se extrañó Lee.

—Bueno… no sé si te habré parecido demasiado… lanzada —se avergonzó Rhiannon.

—No, todo lo contrario —sonrió Lee acariciándole la mejilla—. Me has parecido una amante maravillosa y una pareja perfecta.

—Eso es exactamente lo mismo que yo pienso de ti.

—Ha sido mutuo, Rhiannon. Está claro que nos excitamos y nos atraemos el uno al otro.

Rhiannon suspiró. En aquel momento, llegaron hasta ellos voces airadas.

—¿Qué ocurre? —quiso saber Rhiannon.

—Ayer se montó una buena —contestó Lee—. Uno de los guardias

de seguridad sorprendió a un amigo de una amiga de Mary llevándose una valiosa figura de jade. Se podría haber solucionado todo por las buenas si el tipo no hubiera estado borracho. Comenzó a decir que solamente la estaba mirando, pero el guardia de seguridad lo había visto metérselo en el bolsillo. Mary no lo conocía de nada, era la primera vez que lo veía en su vida, pero no dudó en ponerse de su lado. Después de aquello, las cosas no hicieron sino empeorar. Mi cuñada se puso como loca. Por lo visto, le parece una gran ofensa que contratara a una empresa de seguridad. Dice que la he puesto en evidencia delante de todos sus amigos —le explicó Lee—. Al final, salió lo que de verdad le molesta.

—No quiere vivir aquí, lejos de sus amigos y de su forma de vida de antes —adivinó Rhiannon.

—Exacto —contestó Lee.

—Lee, me parece que no tienes nada que hacer —aventuró Rhiannon.

—Ya lo sé.

—¿Tan importante es que vivan aquí?

—No, supongo que no —contestó Lee—. Lo cierto es que a ellos les da igual. Para ser sinceros, era yo el que quería que vivieran aquí.

Rhiannon asintió y se dio cuenta de que había un montón de cosas que no sabía sobre Lee Richardson. Por ejemplo, ¿por qué era tan importante para él que viviera alguien en Southall?

Rhiannon decidió que todo aquello le importaba un bledo, que lo único importante en aquellos momentos era que se encontraba entre sus brazos y que le acababa de hacer el amor con exquisita perfección.

De repente, Rhiannon se tensó y Lee la miró a los ojos preocupado.

—¿Te pasa algo?

—No, pero… bueno, menudo cambio, ¿no? Ante todo, me gustaría que te quedara claro que no pretendo que de esto salga nada serio. Quiero decir… que lo estaba pasando mal y tú estabas a mi lado y me has consolado, pero mis problemas son míos y no tuyos… —le explicó sonrojándose y cerrando los ojos—. No te pido nada.

—Desde luego, las cosas han cambiado entre nosotros —contestó Lee—. Yo no soy hombre de aventuras de una noche, ¿sabes? Te lo pregunto por segunda vez. ¿Te quieres casar conmigo?

—¡Estás de broma! —exclamó Rhiannon abriendo los ojos.

Lee negó con la cabeza.

—¡Pero si apenas hace unos días que nos conocemos!

—Ya tendremos tiempo para conocernos mejor.

—Aun así…

—Podríamos decir que nos conocemos hace cuatro años —

improvisó Lee.

Rhiannon sonrió.

—Pero si ni me has reconocido. Claro que no es de extrañar porque con aquella capucha tan espantosa que llevaba… —rió.

Lee también se rió, apartó las sábanas y se quedó mirando sus piernas.

—Te aseguro que, si te hubiera visto las piernas, te habría reconocido —insistió acariciándole la cadera.

Rhiannon se estremeció.

—Esa no es una razón de peso para que te quieras casar conmigo.

—A mí me parece que no está nada mal. ¿Te gusto?

—Bueno, creo que es evidente que sí…

—¿Confías en mí?

—Supongo que sí…

—¿Crees que seríamos capaces de construir algo bonito juntos y de tener un proyecto de vida común?

—Un momento —dijo Rhiannon irguiéndose—. Eso fue lo que dije yo ayer.

—Ya lo sé. Ambas son razones más que convincentes para casarnos —contestó Lee agarrándola de la cintura y descansando su cabeza entre sus pechos.

Rhiannon miró hacia abajo y sintió la enorme tentación de acariciarle el pelo, pero se contuvo.

—No me puedo creer que estemos teniendo esta conversación —comentó.

—¿Por qué? —le preguntó Lee sentándose a su lado y tomándola de la mano—. Yo creo que es muy normal teniendo en cuenta lo que acaba de pasar entre nosotros.

—No, hay algo que se me escapa… ¿tiene algo que ver con Southall?

—¿Por qué lo dices?

—Es sólo una corazonada, pero me suelo fiar de mi intuición porque casi nunca falla.

—Pues fíate de mí cuando te digo que lo nuestro podría funcionar. ¿No has visto lo bien que nos compenetramos en la cama? —sonrió Lee tomándole el rostro entre las manos.

—Nada de esto habría sucedido si yo no hubiera recibido malas noticias de mi padre.

—¿Tú crees? Yo no opino lo mismo. Hace cuatro años ya nos gustamos y ahora, cuando nos hemos vuelto a encontrar, nos hemos sentido inmediatamente atraídos el uno por el otro.

Rhiannon se sonrojó.

En aquel momento, sonó el teléfono.

—Supongo que será mi hermano. No te muevas. Ahora mismo vuelvo —dijo Lee levantándose de la cama.

Cuando lo vio de pie, Rhiannon reaccionó, se levantó también y comenzó a vestirse.

—Me tengo que duchar —murmuró—. ¡Me tengo que ir! No me lo puedo creer, se me había olvidado lo de mi padre. No he vuelto a pensar en él desde…

—¿Desde antes de hacer el amor conmigo de manera salvaje y genial? —concluyó Lee—. Ya pensaremos en él los dos juntos. No te preocupes, hay tiempo de sobra para llegar al aeropuerto. Te puedes duchar aquí. El baño está justo ahí. Mi albornoz está colgado detrás de la puerta. No tardaré mucho. Cuando vuelva, nos iremos.

—Pero…

—Rhiannon, por favor, no te vayas —la interrumpió Lee tomándola entre sus brazos—. Tenemos que hablar de muchas cosas.

Rhiannon se duchó y se lavó el pelo sin poder dejar de pensar en su padre. A continuación, se envolvió en el albornoz azul marino de Lee y salió al salón. Pocos minutos después, apareció Lee con una bandeja.

—Té y tostadas, lo único que sé hacer —sonrió dejando la bandeja sobre la mesa—. ¿Qué tal te encuentras? Yo te veo de maravilla —añadió abriéndole el albornoz.

Rhiannon intentó cerrarlo, pero Lee se lo impidió.

—Desde luego, eres una mujer diez —murmuró mirándola de arriba abajo.

A continuación, le cerró el albornoz, aparentemente satisfecho.

—¿Se han arreglado las cosas ahí fuera?

—Matt claudicó anoche —contestó Lee sirviéndole una taza de té —. Por supuesto, Andrea ayudó a Mary a convencerlo, así que se van a vivir a la casa que tenemos en Brisbane.

—Entonces, supongo que ya no me vas a necesitar —contestó Rhiannon.

—¿Cómo que no?

—Me refería a mis servicios profesionales.

—Ah, bueno, eso… No, profesionalmente no te voy a necesitar, pero personalmente… eso ya es otra historia.

—Lee…

—Rhiannon —contestó Lee sirviéndose una taza de té para él—. Mira, yo también creía que el matrimonio no era para mí. Yo también

tuve una historia de amor que me dejó traumatizado y me hizo desconfiar. Como ves, somos tal para cual —añadió mirándola fijamente.

Rhiannon lo miró a los ojos.

—Sí, tienes razón, Southall tiene mucho que ver en la ecuación —admitió.

Rhiannon esperó.

—Verás, cuando mi padre se casó con Andrea, ella tenía la mitad de edad que él y lo obligó a casarse y a abandonar Australia. Reconozco que era su vida, que tenían derecho a hacer lo que les diera la gana y yo ahí no me meto —reconoció Lee—. Sin embargo, el hecho de que la viuda de mi padre vuelva ahora de repente y pretenda quedarse a vivir aquí, en Southall, en la casa que mi madre construyó y amó, en la casa en la que murió… como comprenderás, eso sí que es asunto mío.

—Pero… la verdad es que sigo sin comprender…

—Mi padre nos dejó Southall a Matt y a mí, pero en el último momento añadió una cláusula a su testamento. La casa es nuestra con la condición de que vivamos aquí con nuestras familias. De no ser así, Andrea podría quedarse con ella y disfrutarla hasta que nos hayamos casado y tenido hijos —le explicó Lee.

—Claro, por eso querías que Matt y Mary vivieran aquí, para que Andrea no pudiera apropiarse de la casa —recapacitó Rhiannon—. Eres un poco manipulador, ¿no?

—¿Manipulador? —sonrió Lee—. No, mi hermano quería vivir aquí, te aseguro que no fui yo el que lo convenció. Además, tendríamos que sentarnos a ver quién es más manipulador si mi madrastra o yo.

—¿Por qué lo dices?

—Cuando Matt se casó con Mary y anunció que vivirían aquí, Andrea se olvidó de apropiarse de la casa, pero Matt llevó a su recién estrenada esposa a Francia, a la tumba de mi padre. Entonces, estuvieron con Andrea, que de tonta no tiene un pelo. Supongo que se daría cuenta de que a Mary no le iba a resultar fácil su nueva vida en el campo y, desde entonces, ha estado poniéndole la cabeza como un bombo.

—Ya… Mira, desde el punto de vista de una desconocida, que soy yo y puedo ser mucho más objetiva que tú porque no estoy metida en todo este lío, te diré que Andrea es una mujer impresionantemente guapa. Puede que tu padre se sintiera solo y perdido sin tu madre, puede que estuviera pasando por una crisis —sugirió.

—No digo que no —contestó Lee.

—A lo mejor, esa condición, esa cláusula de su testamento, no la puso por influencia de su mujer sino como medio para asegurarle un lugar en la familia cuando él faltara. ¿Te has parado a pensar que, a lo mejor, eso es precisamente lo que necesita Andrea y es lo que está buscando?

—De momento, lo único que está consiguiendo es meter cizaña y separarnos —contestó Lee—. Mi hermano se siente culpable porque cree que me deja solo, pero tampoco quiere darle la espalda a su mujer obligándola a quedarse aquí. En cualquier caso, si Andrea se instala aquí, para cuando yo me case y haya formado una familia, podría tener derechos y ganarme ante un tribunal.

—Ah, ahora lo entiendo todo —contestó Rhiannon mirándolo de manera acusadora—. Por eso me necesitas. Como Matt y Mary no se van a plegar a tus deseos, te quieres casar conmigo… —se indignó poniéndose en pie.

Lee se puso también en pie y la agarró de la muñeca.

—¿Tan mala idea te parece? ¿No me habías dicho que este lugar te encantaba, Rhiannon?

—Claro que me encanta, pero…

—A mi madre le habrías caído bien porque os parecéis mucho.

—No me hagas chantaje emocional —gritó Rhiannon.

—No te hago chantaje emocional… Mira, yo amo este lugar, pero no quiero vivir aquí solo. Como verás, Southall podría ser nuestro proyecto de vida en común.

Rhiannon suspiró.

—Además, podría ayudar a tu padre. Podría pagarle los mejores médicos. Podríamos buscar una clínica que estuviera cerca de aquí para que él y tu tía se vinieran a vivir con nosotros. Hay una casa muy bonita en la finca. Se la podrían quedar ellos.

Rhiannon lo miró con los ojos como platos.

—¿Estarías dispuesto a hacer todo eso con tal de que tu madrastra no se quedara con Southall?

—No, estoy dispuesto a hacerlo porque me apetece hacerlo. Tengo otras opciones. Podría vender la casa y terminar con este asunto para siempre…

—Eso sería una pena y lo sabes.

—Claro que lo sé.

—No sé qué decir.

—Anda, siéntate y bébete el té.

Rhiannon se sentó, se tomó el té y la mitad de la tostada y tomó aire.

—No puedo hacerlo, Lee. Te agradezco mucho tu propuesta con

respecto a mi padre, pero lo que yo podría ofrecerte a cambio es tan poco que siempre me sentiría en deuda contigo, y no podría soportarlo.

—¿Tú crees que lo que tienes que ofrecer es poco? Te aseguro que no, Rhiannon. Formamos un buen equipo, en la cama y fuera de ella. Nos irá bien juntos. Además, estoy harto de estar solo…

Rhiannon lo miró a los ojos.

—Además, no pretenderías acostarte conmigo e irte tranquilamente, ¿no?

—La verdad es que no pretendía acostarme contigo —confesó Rhiannon.

—Pues para no querer hacerlo lo has hecho fenomenal, así que no me quiero ni imaginar cómo será la experiencia cuando de verdad te apetezca —rió Lee—. Te aseguro que me ha encantado —añadió pasándole el brazo por los hombros.

—Pero si somos prácticamente unos desconocidos —insistió Rhiannon.

—Si conoces a otro desconocido que te haga sentir lo mismo que yo te hago sentir, me retiraré de la escena —contestó Lee abriéndole de nuevo el albornoz.

Rhiannon tomó aire al sentir sus manos sobre los pechos. Pronto se encontró con la respiración entrecortada, percibiendo aquellas maravillosas sensaciones que la recorrían de pies a cabeza y la hacían sentirse a gusto en los brazos de aquel hombre.

Rhiannon pensó que, tal vez, estaba luchando en una batalla perdida. Además, saber que los gastos médicos de su padre estaban cubiertos era una liberación difícil de desdeñar.

Capítulo 5

Un mes después, Rhiannon abrió los ojos. Era el día de su boda. Todo había sido muy rápido. Su padre había sido ingresado en un hospital privado de la Costa Dorada al que había llegado en un helicóptero-ambulancia. Ya lo habían operado y le habían colocado la prótesis de cadera. También lo habían operado de la pelvis y de los órganos internos que se había dañado.

Todo había salido bien y se estaba recuperando de maravilla. Lee había alquilado un apartamento junto al hospital para que Rhiannon no tuviera que ir y volver todos los días y lo compartía con su tía. Habían alquilado la casa de Sydney, lo que había supuesto que Rhiannon había tenido que ir varias veces para empaquetar cosas. Lee no se había quejado de aquello ni de las muchísimas horas que Rhiannon había pasado en el hospital con su padre. No habían vuelto a compartir cama, pero, siempre que se veían, la complicidad que había surgido entre ellos era patente. Rhiannon estaba anonadada porque era como si Lee le leyera los pensamientos y supiera exactamente en qué estado de ánimo se encontraba siempre. Parecía que se conocieran de toda la vida.

Cuando estaba sola, se preguntaba si ella lo conocía tan bien o había algo en él que seguía siendo un misterio. Aquella duda la perseguía día y noche. También solía recordar los momentos en los que Lee le había cerrado la puerta en las narices.

Por otra parte, lo que Lee estaba haciendo por ella era monumental, le estaba solucionando la vida y le estaba dando una paz que ella no podía creer.

A Rhiannon se le había pasado por la cabeza casarse sin que su padre lo supiera, pero Lee no había estado de acuerdo. Rhiannon le había dicho que, cuando su padre se enterara de que se había casado por él con un hombre rico, se iba a llevar un gran disgusto, a lo que Lee había contestado que iban a tener que convencerlo de que se querían.

—Mira, o estamos los dos de acuerdo o no lo hacemos. Aparte de por tu padre, nos casamos por otras cosas. Si estamos de acuerdo en eso, no hay por qué ocultar nuestra boda.

—No es eso —contestó Rhiannon desviando la mirada.

Lee se fijó en las pronunciadas ojeras que tenía como consecuencia del momento que estaba viviendo.

—Entonces, ¿estás de acuerdo conmigo?

Rhiannon se estremeció.

—¿Rhiannon?

—Está bien —contestó Rhiannon mirándolo a los ojos—. Vamos allá —añadió tragando saliva.

—Ésta es mi chica —sonrió Lee.

Aquel mismo día, fueron a ver al padre de Rhiannon al hospital y Lee le contagió su entusiasmo de tal manera que, cuando padre e hija se quedaron a solas, Luke Fairfax parecía verdaderamente feliz por su hija.

—Qué bien, cariño —le dijo mirándola sonriente a pesar del dolor que todavía tenía—. ¡No te puedes imaginar cuánto he sufrido pensando que, por mi culpa, podrías estar dejando pasar la oportunidad de enamorarte! Ante todo, quiero que sepas que el chico con el que te vas a casar me cae muy bien, pero me pregunto por qué nunca me habías hablado de él.

—Porque quería estar bien segura, papá. La verdad es que nos conocimos hace unos años —improvisó Rhiannon—. Nos llevamos bien…

—¿Por eso me has traído a Queensland?

—Sí, papá —contestó Rhiannon hablándole de Southall.

—Pero…

—Nada de peros. Quiero tenerte cerca de mí y la tía está encantada con la idea.

Una vez a solas, Rhiannon se preguntó si, cuando su padre se hubiera recuperado, no comenzaría a darse cuenta de que en todo aquello también había un lado económico muy importante, pero se dijo que, para entonces, el matrimonio ya se habría celebrado y no habría marcha atrás.

Su tía Diana había accedido a irse a vivir a Southall para estar cerca de su hermano, pero, al principio, se había mostrado algo reticente. En realidad, lo que había ocurrido era que se había dado cuenta de parte de la verdad.

—Lo que ha habido entre vosotros ha sido un flechazo, ¿no? De otra manera, no me puedo explicar cómo es que habéis decidido casaros así, de repente, y proponernos a tu padre y a mí que nos viniéramos a vivir aquí con vosotros.

—No, no ha sido un flechazo —contestó Rhiannon—. En cuanto a lo de que os vinierais a vivir aquí con nosotros, nos ha parecido lo más práctico teniendo en cuenta la salud de papá.

—Rhiannon, soy perfectamente consciente de lo mucho que

quieres a tu padre y de lo mucho que te preocupas por él, pero me parece que esta vez has ido un poco lejos —comentó su tía.

—No es sólo por papá. También me caso con Lee por otras cosas —se defendió Rhiannon—. Lo cierto es que… bueno, nos queremos mucho —mintió.

—No lo pongo en duda, pero, a lo mejor, os tendríais que haber dado un poco más de tiempo para conoceros un poco mejor.

Rhiannon negó con la cabeza.

—Veo que tienes las cosas muy claras.

Rhiannon asintió.

—Entonces, nada de lo que te diga te hará cambiar de parecer.

Rhiannon volvió a negar con la cabeza.

—Siempre has sido una cabezota…

—¿Yo?

—Sí, tú. Desde que tienes dos años.

—No estoy de acuerdo —se indignó Rhiannon—. Bueno, a lo mejor a veces lo soy, pero te aseguro que esto me lo he pensado mucho y que voy a seguir adelante.

—Muy bien, pero quiero que sepas una cosa. Si en algún momento necesitas una confidente, acuérdate de mí. ¿Cuándo me vas a presentar a tu futuro marido?

—Mañana —contestó Rhiannon emocionada—. Ya verás, tía, Southall te va a encantar. En el pueblo hay una Asociación de Ópera y Sharon, la cocinera, me ha contado que tienen un piano fantástico.

No se podría decir que cuando Diana Fairfax conoció a Lee Richardson cayera rendida a sus pies, pero sí que se quedó más tranquila por la repentina boda de su sobrina.

Decírselo a Matt y a Mary tampoco fue fácil. Lee y Rhiannon se trasladaron hasta Brisbane para anunciárselo personalmente.

—¿Cómo? ¡Pero si no os conocéis de nada! —Se sorprendió el hermano de Lee.

—Nos conocimos hace cuatro años —contestó Lee.

—¡Qué bien! —exclamó su esposa—. ¿Lo ves, cariño? Ya te he dicho una y mil veces que lo de Southall se solucionaría de una u otra manera. Claro que esto no sé qué le va a parecer a Andrea, no creo que le haga mucha gracia…

—Me da igual lo que le parezca a Andrea —contestó su marido mirándola con cara de pocos amigos y dirigiendo, a continuación, una mirada preocupada a su hermano.

Lee se apresuró a agarrar a Rhiannon de la mano.

—Lo cierto es que nos vamos a casar inmediatamente. No podemos esperar —declaró mirándola.

Rhiannon se sonrojó de pies a cabeza recordando cómo habían hecho el amor y aquella reacción hizo que Matt Richardson interpretara que entre ellos había algo serio y se quedara más tranquilo.

***

Aquella mañana, tumbada en la cama de la casa que su padre y su tía ocuparían en la finca de Southall. Rhiannon pensó que aquel aire inocente y turbado no le habría salido ni aunque lo hubiera intentado varias veces. Había sido algo natural que había dejado a Matt Richardson convencido de que su hermano se casaba por amor.

En cuanto a cómo se lo habría tomado Andrea, no tenía ni idea. No le había preguntado a Lee y él tampoco le había contado nada.

Lo único que le importaba en aquellos momentos, la mañana del día de su boda, era cómo se sentía ella. Lo cierto era que tenía mariposas en el estómago y le parecía que todo aquello era irreal.

Lee le gustaba mucho y físicamente se sentía poderosamente atraída por él, pero había algo, algo que se le escapaba y que le decía que no siguiera adelante.

Imposible.

Rhiannon se irguió de un respingo, presa del pánico, y tuvo que tomar aire varias veces. ¿Qué demonios había hecho? ¿Por qué demonios se apoderaba de ella ahora el pánico, precisamente el día de su boda? Siempre había tenido sus reservas, pero ¿de qué tenía miedo realmente?

De repente, lo comprendió. ¿Cómo no se le había ocurrido antes? ¿Qué le habría pasado a Lee en su experiencia anterior que había sido tan grave como para decidir que no quería saber nada de ninguna mujer hasta que ella había caído en su cama?

Tenía que haber sido algo realmente grave.

«¿Por qué no se lo he preguntado?», se preguntó anonadada.

Tal vez, porque tenía muchas otras cosas en la cabeza o porque tenía miedo de la respuesta. Rhiannon se dijo que, en cualquier caso, daba igual. Ambos creían que el amor no servía de nada y que lo mejor era una boda de conveniencia.

Aun así, sentía mucha curiosidad y no podía dejar de pensar en ello. Rhiannon apartó aquellos pensamientos de su mente y se concentró en el hecho de que, a pesar de que había jurado que jamás volvería a enamorarse, se sentía vulnerable ante aquel hombre por el

que se sentía tan atraída físicamente.

¿Cómo iba a mantener su independencia y a cumplir con su parte del trato al mismo tiempo? ¿Qué podía hacer?

«Tengo que protegerme. Tengo que impedir que llegue a mi verdadero centro. Ningún hombre llegará jamás a ese lugar. Ningún hombre volverá a hacerme daño nunca», decidió.

A continuación, se dejó caer de nuevo sobre las almohadas, mucho más tranquila.

La ceremonia tuvo lugar junto a la rosaleda.

Aquel día había amanecido claro y despejado y la misa comenzó al mediodía. A pesar de que Rhiannon estaba acostumbrada a organizar eventos parecidos, no había tenido mucho tiempo para organizar su propia boda, pero, a juzgar por lo maravilloso que estaba todo, alguien se había encargado.

Había rosas por todas partes y ella llevaba un ramo precioso.

Había pocos invitados. Matt y Mary Richardson, Diana, Christy y su padre, Sharon y una pareja de mediana edad a la que Rhiannon no conocía pero que más tarde Lee le presentó. Se trataba de su secretario, George Benson, y su esposa, Judy. También se enteró de que habían sido ellos los que habían organizado la boda.

La ceremonia fue sencilla y también el atuendo que Rhiannon lució. Se trataba de un conjunto de falda de seda color marfil que la había ayudado a escoger su tía. Rhiannon llevaba el pelo recogido con una diadema de perlas.

Cuando vio a Lee, apuesto con su traje oscuro, camisa crema y un capullo de rosa del mismo color en el ojal de la chaqueta, se sintió irremediablemente atraída por él, pero se dio cuenta de que era un perfecto desconocido.

Lee se giró hacia ella, la miró, sonrió y le tendió la mano, lo que hizo que Rhiannon avanzara hacia él en lugar de salir corriendo.

—Qué día tan estupendo.

Rhiannon, que estaba mirando por la ventana, se giró. Estaban de luna de miel en un hotel paradisíaco al norte de Queensland.

Después de casarse, se habían dirigido a ver a su padre en compañía de su tía y habían llevado una botella de champán para celebrar el enlace. Tras salir del hospital, se habían cambiado de ropa y habían tomado un avión que los había llevado a Cairns. Desde allí, se habían dirigido a Bloomsfield, donde habían tomado un *ferry* que los había llevado río arriba al hotel en el que se encontraban.

El complejo hotelero se encontraba en una zona selvática desde la

que se veía el maravilloso Arrecife de Coral, famoso en el mundo entero.

—Desde luego —contestó Rhiannon—. Este lugar es espectacular —añadió sinceramente.

Efectivamente, la suite que tenían era una preciosidad. Todo estaba cuidado hasta el más mínimo detalle y destinado a que sus ocupantes se encontraran como en casa durante su estancia.

—¿Cuánto tiempo nos vamos a quedar aquí? —quiso saber Rhiannon.

—Todo el que quieras —contestó Lee encogiéndose de hombros.

—La verdad es que me siento… un poco rara —admitió Rhiannon.

—¿Y eso? —le preguntó Lee agarrándola de la mano.

—Me siento como en un sueño. Me cuesta creer que estemos casados —confesó Rhiannon.

—Pero es cierto —contestó Lee mirando las alianzas.

—Sí —contestó Rhiannon apartándose un mechón de pelo de la cara y sonriendo—. Creo que sé cómo se sentían las mujeres que se casaban con hombres que ellas no habían elegido y a los que, a veces, ni siquiera conocían.

—Me parece que ese no es nuestro caso.

—Es como si esto le estuviera pasando a otra persona… Lo siento, pero la verdad es que me siento extraña.

Lee sonrió.

—Te propongo que, como falta todavía una hora para la cena, nos demos un baño en la piscina.

—Me parece una idea excelente —contestó Rhiannon—. ¡Ya tengo biquini!

—Muy bien. Entonces, nos vemos en la piscina dentro de un rato. Me voy a cambiar.

Lee se puso el bañador y se fue a la piscina, dejando a Rhiannon a solas. Rhiannon se tumbó sobre la cama y se preguntó por qué se estaba comportando como una virgen aterrorizada.

Tras tomar aire, se puso el biquini verde y blanco, se ató un pareo plateado alrededor de la cintura, se puso las sandalias a juego y salió a la piscina. El camino que llevaba hasta allí serpenteaba por un jardín maravilloso de vegetación exótica y profusa.

Rhiannon tenía la sensación de que iba caminando hacia lo desconocido.

Cuando llegó a la piscina, comprobó que la única persona que había por allí era Lee, que estaba nadando.

Rhiannon dejó el pareo en el césped y se tiró de cabeza. El agua estaba a una temperatura maravillosa y, una vez en la superficie, Rhiannon se tumbó boca arriba y disfrutó de la sensación.

Al cabo de un rato, sintió las manos de Lee en la cintura.

—Hola, me parece que no nos conocemos —le dijo.

—¿Cómo que no? —contestó ella.

—Soy un pirata disfrazado al que le encantan las sirenas de dos piernas. Soy famoso porque las rapto, me las llevo a una orilla oscura y lejana y allí, a la luz del fuego, las seduzco y las abandono.

Rhiannon no dijo nada.

—Por lo menos eso es lo que parece que opina mi esposa de mí. Por lo visto, se cree que he causado tanto dolor a las mujeres que han llorado por mí hasta formar un océano entero. Creo que me mira con demasiada cautela.

—Lee… —dijo Rhiannon mordiéndose el labio inferior.

Al sentir las manos de Lee en las caderas, se dejó llevar. Lee la condujo hacia la parte de la piscina en la que hacían pie, la giró hacia sí y se quedó mirándola a los ojos.

—Rhiannon, tengo toda la intención del mundo de cumplir con las promesas que nos hemos hecho —le dijo muy serio.

Rhiannon se quedó mirándolo muy seria también hasta que comprendió a lo que se refería.

—¿Me haces un favor? —le pidió—, ¿Te importaría besarme? Lo necesito desesperadamente.

—Por supuesto —contestó Lee inclinándose sobre ella.

A continuación, se besaron con pasión.

—¿Somos los dos únicos habitantes del planeta? —le preguntó Rhiannon.

—No, en el hotel hay otros clientes, pero me he informado debidamente y me han dicho que se han ido de excursión a Cooktown —contestó Lee—. Vaya, precisamente, parece que aquí llegan —añadió agudizando el oído.

—¿Nos vamos a un sitio más privado?

—Maravillosa idea, esposa mía —rió Lee haciéndola reír a ella también.

Y riéndose juntos volvieron a su *bungalow*. Una vez dentro, la risa dio paso a la pasión.

—Han sido cuatro semanas muy largas —murmuró Lee soltándole la parte de arriba del biquini.

—Gracias por esperar.

—La verdad es que confieso que me ha costado mucho, pero me parecía lo correcto —contestó Lee dejando caer la prenda al suelo—.

¿Sabes qué? Ahora resulta que pienso más en tus pechos que en tus piernas —añadió acariciándole los senos.

Rhiannon ahogó un grito de placer cuando Lee le presionó los pezones entre los dedos.

—Lo cierto es que me encuentro pensando en ti muy a menudo y se me dispara la imaginación…

—¿Ah, sí?

—Sí —contestó Lee—. Pienso en ti hasta en los momentos más inoportunos. ¿A ti también te sucede? —quiso saber poniéndole las manos en las caderas.

—La verdad es que yo me debato entre dos frentes. A veces, me gustaría asesinarte con mis propias manos y, otras, me gustaría levantarme en tu cama todos los días —confesó Rhiannon entre risas.

—Espero que te hayas decantado por el segundo frente —rió Lee volviendo a besarla.

—La última vez que hicimos el amor todo fue un poco rápido —le recordó Rhiannon—. ¿Qué te parecería si, en esta ocasión, nos tomáramos más tiempo? Así, podrías mostrarme esas dotes de seducción de los piratas…

—¿Lo dices en serio? —Se entusiasmó Lee.

Rhiannon asintió con convicción.

—Muy bien, ahora mismo vuelvo —dijo Lee volviendo al cabo de unos momentos con dos copas de champán.

Tras entregarle una a Rhiannon, ésta le dio un sorbo. Mientras lo hacía. Lee derramó la otra por sus pechos.

Rhiannon sintió cómo sus pezones explotaban de sorpresa y placer. Lee se inclinó y comenzó a lamerle los senos. A continuación, dejó las dos copas sobre la mesilla y la invitó a que se tumbara en la cama.

—Date la vuelta —le ordenó.

Rhiannon se tumbó boca abajo y estiró los brazos hacia delante. Lee se tumbó a su lado y comenzó a acariciarle la espalda. Poco a poco, fue bajando por las curvas de sus caderas hasta llegar al trasero y deslizó las manos entre sus piernas.

—Oh, qué bien —suspiró Rhiannon—. No pares —añadió separando las piernas, invitándolo a seguir la exploración.

Lee deslizó dos dedos entre sus muslos, sintió la calidez y la humedad de Rhiannon.

—¿Me dejas hacer algo a mí también o eres tú el único que seduce?

—No, no, puedes hacer lo que te apetezca —contestó Lee encantado de que tomara la iniciativa.

Rhiannon se giró y se sentó.

—Túmbate y no te muevas —le indicó.

A continuación, se sentó sobre su erección y sonrió.

—¿Qué tal?

—Mmmm —contestó Lee.

Rhiannon lo besó y comenzó a cabalgarlo, asegurándose de que sus pezones rozaran los fuertes músculos del torso de Lee. Lee tomó aire y comenzó a moverse al mismo ritmo que ella hasta que la excitación dio paso a una increíble explosión de sensaciones.

—¿Qué tal ha estado el pirata? —le preguntó Lee al cabo de un rato.

Rhiannon suspiró encantada con la mejilla apoyada sobre su pecho.

—Para que lo sepas, ahora ya te lo puedo contar. Soy la jefa del Departamento de Sirenas con Piernas del Sindicato Unido de Sirenas del Mundo y había venido en misión secreta para evaluar tus dotes sensuales y sexuales.

—Vaya, ya podrías habérmelo advertido antes —contestó Lee siguiéndole la broma.

—De momento, todavía no tengo un informe definitivo, pero te aseguro que será favorable.

Lee sonrió.

—En serio, Rhiannon, ¿estás contenta de haberte casado conmigo?

—Sí —contestó Rhiannon sinceramente.

Cuatro días después, abandonaron el hotel. Durante su estancia, se habían dedicado a bañarse, a nadar, a tomar el sol, a bucear y, sobre todo, a conocerse el uno al otro.

A Rhiannon le parecía que tenían muchas cosas en común. Ambos eran personas de acción, tenían los mismos gustos musicales, les encantaba hacer crucigramas e incluso entre ambos habían inventado una nueva forma de hacerlos en la que habían integrado el componente del *striptease* y que los había llevado a otras cosas también muy interesantes.

Sin embargo, también tenía momentos de incredulidad y uno de ellos había provocado cierta tensión entre ellos. Estaba Rhiannon viendo un documental de viajes en televisión una noche mientras Lee hablaba con su secretario desde el salón.

De repente, en la pantalla había aparecido la Rivera Francesa y Rhiannon se había acordado de Andrea y se preguntó qué se le habría

perdido a la viuda del padre de Lee en Southall. A pesar de que la casa fuera un sitio maravilloso, ¿qué se le habría perdido allí a una mujer que estaba acostumbrada a vivir entre los ricos y famosos europeos?

Aquello la llevó a pensar que, si su padre no hubiera añadido una cláusula en el último momento a su testamento, Lee no se habría casado con ella. Rhiannon se dijo que la luna de miel estaba saliendo de maravilla y que no debía torturarse con aquellos pensamientos, pero no había podido dejar de pensar que Lee no estaba enamorado de ella.

—¿En qué piensas? —le había preguntado Lee al volver a la habitación.

—En nada —contestó Rhiannon con el ceño fruncido.

—Te advierto que podría torturarte para hacerte hablar —bromeó Lee tumbándose en la cama a su lado.

—¿Qué vamos a hacer mañana? —le preguntó Rhiannon sentándose y abrazándose las rodillas.

Lee la miró confuso.

—¿Es una manera nueva de decir que te duele la cabeza?

—Pues, mira lo cierto es que me duele un poco, sí.

Lee se había quedado mirándola muy serio.

—Voy a buscarte una aspirina y, no te preocupes, dormiré en el sofá.

—Oh, no he querido decir eso… —se lamentó Rhiannon.

Lee se encogió de hombros.

—Tengo que hacer unas cuantas llamadas más y es un sofá-cama, así que no hay problema —contestó saliendo de la habitación.

Rhiannon se quedó mirándolo, dándose cuenta de que, de nuevo, le había cerrado una puerta en las narices. Aquello la hizo sentirse muy incómoda y pasar una noche fatal.

Mientras daba vueltas en la cama vacía, se preguntó si de verdad tenía tanta importancia que el principal motivo que hubiera llevado a Lee a querer casarse con ella fuera echar a Andrea de Southall.

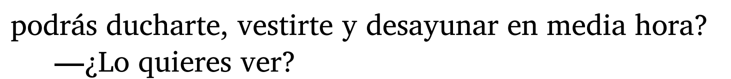
Pero había algo más. ¿Qué era aquello que le revoloteaba en la mente y que no acababa de ver con claridad?

Cuando abrió los ojos, se encontró a Lee sentado en el borde de la cama con una taza de té.

—Te quería pedir perdón por lo de anoche —le dijo.

Rhiannon sonrió encantada.

—Hoy vamos a ir a las Hope Isles —la informó Lee—. Hace un día precioso para navegar, pero no tienes mucho tiempo. ¿Crees que


podrás ducharte, vestirte y desayunar en media hora?

—¿Lo quieres ver?

—Con gusto —sonrió Lee.

Aquel día, lo pasaron en grande. Cuando volvieron al hotel, cenaron en el restaurante y se fueron a su habitación.

Nada más llegar, Lee la apoyó contra la pared y comenzó a besarla como un loco. Apenas la dejaba respirar.

—¿Qué te pasa? —se rió Rhiannon.

—¿No se nota? ¡Ya no puedo más! —protestó Lee—. Llevo toda la cena mirándote y soñando con este momento.

—¿Sí?

—¿Pero no te has dado cuenta de que apenas he probado bocado?

—Ya decía yo… ¿No tenías hambre?

—¡Sí, hambre claro que tenía, pero de ti! —exclamó Lee desnudándola.

A continuación, la tomó allí mismo, contra la pared.

—Bueno, está claro que ese sindicato al que perteneces te ha mandado muy bien preparada para la misión —comentó Lee un rato después.

Se habían tumbado en la cama y estaban admirando la luna apoyados en varios cojines.

—Lo verdaderamente importante es encontrar un buen compañero y dejarse llevar —contestó Rhiannon.

—Yo creo que lo esencial es que entre nosotros hay mucha magia.

—¿Y?

—Y nada, sólo quería ver si estás de acuerdo.

Rhiannon lo miró a los ojos.

—Sí, estoy de acuerdo —contestó.

—Entonces, nada cambiará cuando nos vayamos de aquí.

—¿Por qué iba a cambiar? Yo creía que teníamos las cosas claras.

—Sólo quería asegurarme. Nos vamos mañana. Me gustaría enseñarte un par de fincas ganaderas antes de volver a casa.

—Ah, si es sólo eso, no tienes de qué preocuparte. No creo que el hecho de ver un par de fincas ganaderas vaya a cambiar lo que siento por ti —lo tranquilizó Rhiannon.

—Genial. ¿Tienes sueño?

Rhiannon asintió, así que Lee se levantó de la cama y apagó la lámpara, se metió bajo la mosquitera y la tomó entre sus brazos.

—Mmm, esto también me encanta —suspiró Rhiannon.
—Shh, a dormir.

A la mañana siguiente, Rhiannon se despertó sola y no le gustó la sensación porque le hizo preguntarse si habría habido algo que Lee le hubiera querido dará entender con su comentario de la noche anterior y que ella no hubiera sido capaz de captar.

¿Por qué volvía a tener ese algo que le rondaba la cabeza y al que no sabía ponerle nombre molestándole de nuevo?

De repente, se dio cuenta de que la decisión que había tomado de dejar una parte de sí misma, su centro, completamente aislado de Lee Richardson, era imposible.

Rhiannon se levantó de la cama y se dirigió al porche. Una vez allí, a lo lejos, vio una silueta, una silueta masculina.

Se trataba de Lee.

Tenía las manos metidas en los bolsillos y parecía muy pensativo. Aquello le hizo tener la sensación de que estaba muy lejos de ella, en un lugar al que ella no tenía acceso.

Aquello le hizo sentir un tremendo dolor y darse cuenta de que durante aquellos cuatro días se había enamorado profundamente de Lee, lo que la llevó a tener miedo porque no quería que se interpusiera ninguna barrera entre ellos.

No quería sufrir.

Capítulo 6

Una semana después, sus miedos habían desaparecido. Habían viajado mucho y habían visitado dos fincas ganaderas. Entre ellas, Jindalee, el lugar en el que Lee se había criado.

Durante aquel viaje, había tenido ocasión de conocer mejor al hombre con el que se había casado y lo cierto era que cada vez le gustaba más y disfrutaba más de su compañía.

Allí adónde iban, todos parecían encantados de que Lee se hubiera casado y, además, de que lo hubiera hecho con una chica que montaba a caballo de maravilla, a la que no le importaba viajar y que, además, cocinaba como los ángeles.

—Los tienes a todos encandilados —le dijo Lee una tarde—. Cualquiera diría que has nacido para llevar este tipo de vida.

—No te creas —contestó Rhiannon.

Estaban dando un paseo a caballo. Lee quería llevarla a una poza en la que solía bañarse de niño. Así que llevaban los bañadores puestos. Hacía mucho calor.

—Ya hemos llegado —anunció Lee desmontando.

Rhiannon lo imitó.

—¡Guau! ¡Esto es precioso! —exclamó sinceramente.

La poza se encontraba en medio de una zona de arena que estaba llena de enormes eucaliptos que procuraban una agradable sombra.

—¡Te echo una carrera! —propuso Rhiannon corriendo hacia el agua.

Se tiraron al agua a la vez.

—¡Pero qué fría está! —se sorprendió Rhiannon.

—Sí, eso es porque proviene de un manantial subterráneo —le explicó Lee—. Mira, ¿ves aquella cuerda de ahí? —le preguntó señalando hacia la rama de un árbol.

—Sí.

—La puse yo hace mucho tiempo. No subíamos al árbol y nos tirábamos al agua desde ahí.

—¿Con quién?

—Con mi hermano y los demás niños que vivían en la finca.

—¿De pequeño eras muy travieso? —le preguntó Rhiannon nadando hacia él.

—No mucho más que los demás niños —contestó Lee—. ¿Y tú cómo eras?

Rhiannon se quedó pensativa.

—Yo sí era muy traviesa —recordó.

—Todavía lo sigues siendo —sonrió Lee de manera inequívoca.

A continuación, le desató la parte superior del biquini.

—Te encanta hacer eso, ¿eh? Últimamente, no haces más que desnudarme a todas horas —sonrió Rhiannon pasándole los brazos por el cuello y las piernas por la cintura.

—Como no parece importarte…

—No, no me importa.

—Y a ti parece que te gusta esta postura —sonrió Lee.

—Sí, me encanta. ¿Te importa? —contestó Rhiannon.

—¡No, en absoluto! Si a ti te gusta, no hay problema —le aseguró sin dejar de sonreír.

Si no hubiera sido porque un rebaño de vacas los interrumpió, habrían hecho el amor allí mismo; pero, al ver a los animales, decidieron salir del agua, secarse y sentarse al sol a tomarse un té que habían llevado en un termo.

—¿No te sientes a veces en la disyuntiva de tener que elegir entre esto y la vida de la ciudad? —le preguntó Rhiannon.

—A veces —admitió Lee—, pero siempre paso aquí un par de meses al año.

—¿Sabes? Desde el principio, tuve la corazonada de que no eras el típico hombre de negocios. ¿Qué te parece mi intuición femenina?

—¿Qué te hizo llegar a esa conclusión?

—No lo sé —confesó Rhiannon—. Debió de ser alucinante para ti vivir aquí de pequeño.

—La verdad es que sí. Este sitio es maravilloso. A los chicos de campo nos atrae la ciudad, ¿sabes? Yo tuve la suerte de tener las dos cosas. Fui a un internado en la Costa Dorada y a la universidad en Brisbane, así que he conocido todo. ¿Dónde te gustaría que se criaran nuestros hijos?

Rhiannon lo miró sobresaltada.

—No lo he pensado.

—¿Por alguna razón en particular?

—No, pero como sólo llevamos casados una semana…

—¿Te quedó alguna secuela del aborto del que me hablaste?

—No, físicamente no…

—¿Pero emocionalmente sí?

—Sí, sufrir un aborto es algo muy traumático. Además, estaba sola porque el padre me había abandonado…

—¿Estabas muy enamorada de él?

—En aquel entonces, creía que sí —recordó Rhiannon—. Ahora que lo recuerdo desde la distancia, me parece que no tanto. Lo que pasaba era que mi vida estaba cambiando rápidamente, mi mundo se estaban desvaneciendo y él era el clavo ardiendo al que agarrarme.

—Te entiendo.

—Lo peor de todo fue perder al niño —recordó Rhiannon sintiendo que una lágrima resbalaba por su mejilla.

Lee la abrazó y no dijo nada. Sobraban las palabras.

—Bueno, eso ya es agua pasada —comentó Rhiannon al cabo de un rato.

—No te puedes imaginar cuánto te admiro —contestó Lee apartándole un mechón de pelo de la cara y mirándola a los ojos.

Rhiannon lo miró sorprendida.

—Por cierto, tendríamos que ir pensando en volver a casa porque tengo cosas que hacer —propuso Lee.

En Southall, los esperaba una sorpresa.

Cuando llegaron, vieron que había luces en la casa.

—Supongo que Matt y Mary han vuelto —comentó Lee abriendo la puerta—. ¿Quieres que te tome en brazos?

Rhiannon sonrió y Lee se disponía a hacerlo cuando oyeron pasos que se aproximaban. No eran ni Matt ni Mary sino Andrea.

Lee la miró estupefacto.

—Bueno, menos mal que habéis vuelto ya —los saludó la viuda de su padre—. Enhorabuena por la boda, Rhiannon. Yo creo que merecería que brindáramos con champán, ¿no?

—Gracias, sí, como quieras —contestó Rhiannon tímidamente.

—¿Se puede saber qué haces aquí? —le espetó Lee a su madrastra.

Andrea sonrió.

—¿Has olvidado la misa conmemorativa que estoy organizando para tu padre?

—No, no me he olvidado, pero creía que todavía quedaba más de un mes.

—He decidido adelantarla. Al final, va a ser dentro de dos semanas, así que me voy a quedar por aquí. La misa será en la iglesia del pueblo y luego habrá un convite aquí, en Southall. Te guste o no, yo era su esposa.

Lee tomó aire para contestar, pero Rhiannon se le adelantó.

—Los planes que tienes están muy bien, Andrea, pero el cambio de fecha nos ha pillado por sorpresa —le dijo—. Además, la verdad es que no esperábamos que hubiera nadie en casa. Danos un momento para que nos duchemos y nos cambiemos de ropa y ahora venimos a brindar contigo. Vamos, cariño —le dijo a Lee.

✲✲✲

—Muy bien hecho —le dijo Lee tomándola en brazos en su habitación.

—¿Tú crees? A mí me parece que me he ganado una enemiga de por vida.

—No es nada personal —le aseguró Lee—. A Andrea se le habría atravesado cualquier persona que la hubiera alejado de Southall —añadió apoyando su frente en la de Rhiannon.

—Esto no te resulta fácil, ¿verdad? —Se percató ella.

—No, la verdad es que no. Quería mucho a mi padre y, aunque te parezca mentira, puedo llegar a entender que se sintiera solo y que se casara con Andrea, así que nada me gustaría más que no disolver esta familia, pero no puedo permitir que se quede aquí.

—¿Por qué estás tan seguro de que lo único que le interesaba era el dinero?

—Porque mi padre habría cumplido sesenta años este año y ella sólo tiene treinta y dos —contestó Lee—. Por si eso no fuera suficiente, lo convenció para que se casaran en secreto. No lo sabíamos ni mi hermano ni yo.

—Voy a intentar poner en práctica una táctica nueva —aventuró Rhiannon.

—¿Cuál?

—Voy a intentar ser amable con ella —contestó Rhiannon—. En cualquier caso, va estar por aquí unos días, así que yo creo que lo mejor sería intentar llevarnos todos bien, ¿no te parece?

—Ten cuidado, Rhiannon —le advirtió Lee mirándola intensamente.

—¿Por qué? Lo dices como si Andrea fuera peligrosa. No me puede hacer nada.

—Creo que hay algo que deberías saber —le dijo Lee poniéndose nervioso—. Andrea y yo fuimos amantes antes de que se casara con mi padre.

Rhiannon sintió que un enorme vacío se abría bajo sus pies, cerró los ojos y, de repente, comprendió que aquélla era la última pieza del rompecabezas.

Ahora, todo encajaba.

—Mi padre nunca lo supo —continuó Lee—. Entonces, Andrea vivía en Sydney y lo nuestro fue una relación a distancia. Matt tampoco lo sabía. Nuestra relación se terminó cuando Andrea se dio cuenta de que yo no era un hombre manipulable. Cuando se dio cuenta de que yo esperaba que fuera ella la que se acoplara a mi forma de vida y no yo a la suya, me dejó, pero el rencor la llevó a devolvérmela con creces. Me fui a Argentina por motivos de trabajo

durante dos meses y, cuando volví, se había casado con mi padre. Desde el primer momento, se dedicó a dejarme muy claro que podía hacer con mi padre lo que le diera la gana, incluso convencerlo para irse a vivir a Francia.

—Por eso decías que no querías saber nada de las mujeres —recapacitó Rhiannon.

Lee asintió.

—¡Deberías habérmelo dicho! —Se indignó Rhiannon.

—Te lo estoy diciendo ahora. La única diferencia es que ahora le puedes poner un nombre y una cara a la persona que me hizo tomar aquella decisión.

—No es la única diferencia —protestó Rhiannon—. Yo creía que era agua pasada. Jamás imagine que iba a tener que vérmelas con la mujer en cuestión y en mi propia casa… ¿Qué jueguecito es éste. Lee? ¿Te has casado conmigo para dejarle claro que no te importa que ella se casara con tu padre?

—¡No es eso! —protestó Lee—. Te aseguro que no es eso. Andrea me importa un bledo, pero me gustaría que no se lo contaras a nadie. No es una situación fácil. A pesar de que mi padre haya muerto, no quiero que nadie lo sepa.

—¿Y por qué me lo cuentas a mí?

—Porque, cuando me has dicho que ibas a intentar ser amable con ella, hacerte su amiga, se me ha ocurrido que Andrea no tiene escrúpulos y que podría decírtelo ella para intentar manipularte.

—¿Y a ti? ¿No intenta manipularte? ¿Ha intentando volver contigo en alguna ocasión?

—No lo ha intentado porque sabe que no tiene absolutamente nada que hacer —le aseguró Lee—. En cualquier caso, no dudes que, si puede, nos hará todo el daño que pueda, aunque yo no le interese.

Rhiannon cerró los ojos con fuerza.

—¿Me lo ibas a contar de todas maneras?

—Sí —contestó Lee.

—Pero elegiste esperar a que estuviera tan entregada a ti que ya no me importara —se entristeció Rhiannon.

—¿Pero qué dices?

—Me refiero a lo que estuvimos hablando ayer —le recordó Rhiannon—. ¿Estabas esperando a que me quedara embarazada? Claro que a lo mejor ya es suficiente con que te deba el dinero de la operación de mi padre…

—No —la interrumpió Lee agarrándola con fuerza de la muñeca—. Lo que estaba esperando era a que nuestra relación fuera lo suficientemente sólida como para que esta estupidez no te importara,

pero ya veo que…

En aquel momento, sonó el teléfono y Lee no tuvo más remedio que contestar. Tras colgar, le explicó a Rhiannon que habían ingresado a Mary y que su hermano le pedía que lo reemplazara en una conferencia que tenía que dar al día siguiente en Melbourne.

—Soy el único que puede sustituirlo. Andrea se va a visitar a Mary al hospital. Yo me tengo que ir también esta noche para tomar el primer vuelo mañana por la mañana con dirección a Melbourne —le explicó.

✲✲✲

—Lo entiendes, ¿verdad? —le preguntó un rato después—. Lo cierto es que no entiendo por qué no quieres venir conmigo.

—No, Lee, no insistas —le dijo Rhiannon ayudándolo a hacer el equipaje—. Llevo quince días sin ver a mi padre y prefiero quedarme.

—Está bien, pero con una condición. Prométeme que, mientras estemos separados, no permitirás que Andrea se interponga entre nosotros en tus pensamientos —sonrió Lee.

Rhiannon lo miró, pero no sonrió.

—Recuerda cómo hemos hecho el amor durante nuestra luna de miel porque eso será en lo que yo estaré pensando. Te voy a echar mucho de menos —le aseguró tomándola de los brazos y besándola.

Rhiannon intentó zafarse, pero Lee sabía exactamente qué botones tenía que apretar para excitarla y no dudó en hacerlo. Cuando la soltó, Rhiannon tenía la respiración entrecortada y la desagradable sensación de que se quedaba sola.

—Yo también te voy a echar de menos —confesó.

A continuación. Lee le indicó que podía disponer del monovolumen Mercedes, que ahora era suyo, y le entregó una tarjeta de crédito con un límite tan alto que a Rhiannon se le pusieron los ojos como platos.

Tras dudar, la acabó aceptando. Se sentía como si la hubieran comprado, aunque, más bien, el sentimiento sería que se había vendido.

Por supuesto, no le pareció el momento de comentárselo a Lee, así que lo acompañó a la puerta y se despidió de él como si no pasara nada.

Una vez a solas, la casa se le antojó más grande y silenciosa que nunca. Casi le daba miedo. Rhiannon tragó saliva y se recordó que Cliff y Christy estaban cerca, lo que le tranquilizó.

Tras ducharse, se puso el pijama y se metió en la cama, pero no tenía sueño.

Aquella cama contenía recuerdos de Lee y su presencia se le hacía casi tangible. Con aquellos recuerdos en el cuerpo era harto difícil resolver el dilema que ocupaba su mente.

Obviamente, una experiencia como la que había vivido Lee era como para desconfiar, pero el gran miedo que tenía ahora Rhiannon era que su marido siguiera sintiendo algo por Andrea.

Eso querría decir que ella no tenía nada que hacer, que jamás conseguiría su amor. Qué ironía. Tenía lo que se suponía que había querido desde un principio: dinero para operar a su padre, lujo y sexo, pero no tenía el corazón del hombre con el que se había casado.

¿Por qué tenía la corazonada de que la atracción que en el pasado hubo entre Andrea y él no había muerto? ¿Por qué Lee había llegado al extremo de casarse con una desconocida con tal de mantener a Andrea alejada de Southall? ¿Acaso eso significaba que jamás la perdonaría? ¿Por qué? ¿Por qué seguía herido? De ser así…

Rhiannon se revolvió en la cama y decidió concentrarse en cómo se sentía ella.

Pensó que, si su matrimonio hubiera sido el de dos seres humanos asustados que se creen incapaces de volverse a enamorar, entre los dos habrían podido salir adelante gracias al tiempo, al respeto y a la atracción sexual.

Sin embargo, uno de los dos, ella, se había enamorado perdidamente y aquello cambiaba mucho las cosas.

Sí, lo cierto era que estaba completamente enamorada de él y que le dolía sobremanera que Lee no le hubiera confesado su secreto más íntimo; evidentemente, ni la respetaba ni confiaba en ella lo suficiente como para hacerlo.

Imaginárselo con Andrea le daba ganas de ponerse a gritar, así que intentó controlar sus pensamientos y concentrarse en dormir.

Mal que bien, lo consiguió aunque en mitad de la noche se despertó con la certeza de que se tendría que haber ido con Lee.

Cualquier cosa habría sido mejor que estar en su cama pensando en él y teniendo tanto miedo.

Capítulo 7

A la mañana siguiente, Lee la llamó por teléfono. Tras contarle que Mary estaba bien, pero que no sabían que tenía y que de momento ella y Matt se iban a quedar en Brisbane, le pidió una cosa que a Rhiannon le sorprendió mucho.

—Te quería pedir que te encargaras de la organización de la misa en memoria de mi padre.

—¿Yo?

—No hay forma de cancelarla ahora que Andrea se lo ha dicho a todo el mundo y a ti se te da de maravilla organizar este tipo de cosas. Además, en honor de mi padre, me gustaría que estuviera todo perfecto. Irá mucha gente importante.

—¿Y qué le parece a Andrea la idea?

—Por lo que me ha dicho, tenía casi todo organizado, pero te deja a ti la casa y el servicio de *catering*. Además de que se te da de maravilla organizar estos eventos, Southall es tu casa, Rhiannon. Por favor, conviértela en nuestro hogar. Te quiero pedir otra cosa, contrata a gente que se encargue de la comida. No quiero que trabajes tú.

—Muy bien. ¿Qué tal por Melbourne?

—Está lloviendo tanto que me recuerda al día en el que nos conocimos —contestó Lee.

—Vaya.

—¿Y tú qué tal estás?

—Estoy bien.

—¿Qué llevas puesto?

—Unos vaqueros y una sudadera porque hace un poco de frío —contestó Rhiannon—. ¿Por qué?

—¿No llevas las perlas? —le preguntó Lee refiriéndose a un maravilloso collar que le había regalado y con el que les encantaba jugar porque le caía entre los pechos.

—No…

—Qué pena. Si lo hubieras llevado, me habría montado en el primer avión que hubiera encontrado y me habría vuelto para casa ahora mismo —bromeó Lee haciéndola reír.

Aquella misma mañana, Rhiannon fue a ver a su padre y a su tía.

Antes de haber hablado con Lee, había decidido fingir que era una recién casada feliz y contenta. Ahora, después de haber hablado con él, no tendría que fingir porque verdaderamente se encontraba bien.

Cuando llegó al hospital, vio que su padre estaba cada vez mejor y aquello la hizo sentirse todavía mejor. Luke se podía mover ya en silla de ruedas, tocaba la guitarra e incluso improvisaba pequeños conciertos para otros pacientes.

Tanto su padre como su tía escucharon encantados el viaje de luna de miel de Lee y Rhiannon, que volvió a Southall cargada de positivismo.

Dos días después, estando Lee todavía en Melbourne, Andrea apareció a la hora de comer Había llamado el día anterior para ver si a Rhiannon le venía bien. Rhiannon le había dicho que sí y había preferido no comentárselo a Lee cuando habían hablado por teléfono.

Andrea llegó con una botella de champán y una orquídea preciosa.

—¡Gracias! —exclamó Rhiannon.

Se había puesto para la ocasión un vestido veraniego de manga corta en tono azul con flores violetas y sandalias de tacón alto azules, se había maquillado un poco se había recogido el pelo y, por supuesto, se había puesto su collar de perlas.

—Al final, no brindamos por tu boda —le recordó Andrea.

Rhiannon sonrió.

—¿Qué tal está Mary? —le preguntó mientras se dirigían al porche, donde iban a comer.

Hacía un día maravilloso, los pájaros cantaban encantados en el jardín y el ambiente olía a rosas.

—Le dan el alta mañana. Las pruebas que le han hecho han salido todas bien. Por lo visto, el niño está perfectamente y los médicos creen que sólo era un resfriado —contestó Andrea.

—Menos mal —contestó Rhiannon sirviendo dos copas de vino.

A continuación, se sentaron y Sharon les sirvió la comida, compuesta por chuletas de cerdo con salsa de manzana.

—¿De qué querías que habláramos? —le preguntó Rhiannon—. Si es por la organización de la misa de tu marido, si quieres organizarla tú, por mí no hay ningún problema —le aseguró amablemente.

—No, no es por eso —contestó Andrea comenzando a comer—. Tengo muy claro que tú eres la persona indicada para organizar este tipo de cosas.

—¿Entonces?

—En realidad, no quería que habláramos de nada en particular. Lo que me apetecía era que nos conociéramos un poco más. ¿No te parece bien?

—Me parece muy bien, pero ayer me dio la sensación de que

estabas muy seria por teléfono.

Andrea se quedó pensativa.

—¿Tú también me tienes por una bruja? —le preguntó.

—No —contestó Rhiannon sinceramente—. Hay cosas que suceden entre un hombre y una mujer y que el resto del mundo no entiende, pero da igual porque ocurren de todas maneras. Además, soy de la opinión de que a los hombres les cuesta más que a las mujeres quedarse solos. Eso explica que casi siempre se vuelvan a casar. Lo que sucedió entre el padre de Lee y tú no me incumbe en absoluto.

Andrea se quedó mirándola fijamente.

—¿Te haces una idea de lo que se siente cuando te tratan como a una paria?

—Mira… ya te he dicho que esto no tiene nada que ver conmigo… Prefiero no opinar.

—¿Tú sabes lo que es que te acusen de que le has acortado la vida a tu marido?

—No creo que nadie de esta familia te haya dicho eso —se sorprendió Rhiannon.

—No lo ha dicho en voz alta, pero estoy segura de que Lee así lo cree aunque sabe perfectamente que su padre tenía fiebres reumáticas desde niño que le habían afectado el corazón y siempre decía que no llegaría a los cincuenta. ¡Y cumplió sesenta!

—Lee te ha permitido organizar su misa —le recordó Rhiannon.

—No me lo podía impedir —contestó Andrea—. De todas maneras, sé que, en cuanto pase la misa, me relegará a un segundo plano, pero no estoy dispuesta a aceptarlo y quiero que se lo digas.

—¿Yo? ¿Por qué yo?

—Tenía que elegir entre Matt o tú. Matt no me tiene tanto asco como Lee, que es como un muro de ladrillo. A no ser que le sea completamente necesario, incluso se niega a estar en la misma habitación que yo.

—Creo que deberías haber elegido a Matt —contestó Rhiannon—. Yo acabo de llegar a la familia.

—Sí, pero tú tienes más influencia sobre Lee que su propio hermano —sonrió Andrea—. Por eso te he elegido a ti. Dile también que aunque se crea que me puede ignorar, hice a su padre muy feliz durante sus últimos años de vida y eso me da derecho a ocupar algún lugar en esta familia —exigió—. Lo siento, está delicioso pero no tengo mucha hambre —añadió apartando el plato—. Por último, quiero que le digas que, si no llegamos a un acuerdo, no tendré más remedio que airear ciertos trapos de la familia en público. Él ya sabe a lo que me refiero.

«¿Cómo que no tienes más remedio? No me lo creo. ¿Por qué haces esto?», se preguntó Rhiannon.

¿Acaso era para asegurarse de que Rhiannon se enterara de lo que había habido entre Lee y ella por si su marido no se lo había contado? ¿Acaso quería interponerse entre ellos?

—Me lo pensaré —contestó Rhiannon—. De momento, no voy a hacer nada hasta después de la misa y tampoco quiero que tú lo hagas —le espetó.

Andrea enarcó una ceja.

—Ya veo que no eres solamente una cara bonita.

—No, claro que no —le aseguró Rhiannon.

—Muy bien —dijo Andrea terminándose el vino—. En cualquier caso, quiero que quede perfectamente claro que hice feliz a mi marido —insistió—. Es cierto que me casé con él despechada y él lo sabía aunque no sabía quién era el hombre con el que había tenido otra relación. También sabía que no tenía ni un céntimo y que no puedo soportar vivir sin dinero —admitió.

Rhiannon no dijo nada.

—De todas formas, me trató muy bien y se portó muy bien conmigo —recordó Andrea soltando un par de lágrimas—. Fue un hombre maravilloso. Me da igual que me creas o no, pero es la verdad.

Rhiannon se preguntó si aquélla había sido una actuación merecedora de un Oscar o la verdad y se dijo que tenía que averiguar por qué su marido se negaba a estar en la misma habitación que aquella mujer.

¿Acaso porque no se fiaba de sí mismo?

Andrea se fue un rato después y Lee no tardó en llegar, cansado y con mala cara.

—¿Qué te pasa? —le preguntó Rhiannon.

—No lo sé, no me encuentro bien. Supongo que estar alejado de ti me ha sentado fatal —contestó Lee.

Rhiannon sintió que el corazón se le derretía. Cuando se miró en sus maravillosos ojos azules, sintió que todo, incluida su madrastra manipuladora y fría, desaparecía del mundo.

—Ven conmigo —le dijo tomándolo de la mano y guiándolo hasta su habitación.

Una vez allí, lo acostó en la cama, se desnudó para él muy lentamente y le hizo el amor con cuidado y lentitud.

—¿Qué tal está tu padre? —le preguntó Lee más relajado.

Rhiannon le contó que estaba mucho mejor y le habló también de

los preparativos de la misa, lo que le recordó que tenía cosas que hacer.

—Anda, descansa, que lo necesitas —se despidió de Lee—. Además, yo he quedado con la empresa de *catering* dentro de… —consultó el reloj— ¡veinte minutos!

—Si no fuera porque has quedado con ellos, te aseguro que no te librarías de mí así como así —sonrió Lee.

Rhiannon se dirigió al baño a ducharse y, cuando salió, encontró a Lee profundamente dormido, así que se vistió sin hacer ruido, le dio un beso en la frente y se fue.

Lee durmió hasta la mañana siguiente y se despertó encontrándose completamente restablecido.

—Te quiero enseñar una cosa —le dijo a Rhiannon al despertarse —. Una habitación.

—¿Qué habitación?

—Ven y lo verás.

Lee condujo a Rhiannon al despacho de su madre.

Se trataba de una estancia no muy grande que daba a la rosaleda, una habitación acogedora en la que había un sofá de cuero, preciosos cuadros que colgaban de las paredes, fotos familiares en marcos de plata y una mesa de madera maravillosa.

—Mi madre pasaba aquí mucho tiempo —la informó Lee—. Llevaba las cuentas de toda la casa y también tomaba nota de todos los actos que organizaba. He pensado que te podría ser de ayuda. Además, tienes dos líneas de teléfono, una para el exterior y otra interna, y compraremos un ordenador. Si lo quieres, puedes quedarte con este despacho —le ofreció.

—Gracias —contestó Rhiannon encantada.

—¿Nos vemos esta tarde en la piscina a las cinco y media?

Rhiannon asintió.

Una vez a solas, se sentó en la butaca giratoria y se preguntó si habría alguna posibilidad de que su marido enterrara el hacha de guerra y perdonara a Andrea, lo que la llevó a preguntarse si realmente, después de todo el sufrimiento que había ocasionado, Andrea merecía ser perdonada.

De no ser así, ¿podría causar todavía más dolor? ¿Qué les haría? ¿De qué trapos sucios hablaba exactamente?

Rhiannon se dijo que ya se encargaría de aquel tema después de la misa y se concentró en los preparativos.

Efectivamente, las notas de Margaret Richardson le sirvieron de

mucho. La madre de Lee era una mujer meticulosa que tenía apuntado absolutamente todo, lo que permitió a Rhiannon contratar a una horda de limpiadores, pintores, fontaneros y demás profesionales para dejar Southall como nuevo.



Mientras se preparaba la misa en memoria de Ross Richardson, a Rhiannon le pareció que el tiempo había pasado volando.

Durante los últimos días, había conseguido adoptar un aire de indiferencia y comportarse como si no supiera que entre su marido y Andrea había habido una relación antes de que ella se casara con el padre de él, como si no supiera que Andrea iba a montar una buena escena cuando todo aquello terminara.

Por supuesto, la había ayudado el hecho de que la casa estuviera llena de gente, amigos que vivían lejos y que se habían alojado allí para poder acudir a la misa por Ross. Aquello hacía que Rhiannon se acostara prácticamente agotada todas las noches.

—Cuando se termine, nos tomaremos unas vacaciones —le dijo Lee un día abrazándola en la cama.

—Mmm —contestó Rhiannon.

—¿Qué te parece si nos vamos a alguna playa desierta…?

—Bien.

—¿Sólo bien?

—Muy bien.

—Eso ya está mejor. Te agradezco mucho todo lo que estás haciendo. No sé cómo pagártelo.

—A mí se me ocurre una manera maravillosa y muy sencilla. Por favor, abrázame hasta que me duerma. Estoy agotada.

—Trato hecho. Felices sueños.

Rhiannon volvió al presente. Estaba de pie junto a Lee en la iglesia llena de flores. La misa estaba terminando. Había sido una misa emocionante, pero nada dramática.

La música había sido maravillosa y las personas que habían hablado lo habían hecho de manera inspirada, sobre todo Lee, que con sentido del humor, admiración y respeto había conseguido que los presentes sintieran que su padre estaba entre ellos.

La última pieza que su hijo había elegido en su memoria estaba siendo interpretada con un *didgeridoo* para recordar la profunda y fuerte conexión que Ross Richardson tenía con la Naturaleza.

Rhiannon sintió que la piel se le ponía de gallina. Miró a Andrea,

que llevaba un vestido azul marino y crema con una espectacular pamela a juego. Por la expresión de su rostro, no consiguió dilucidar cómo se sentía.

Mientras recibían el pésame, Rhiannon se dio cuenta de que no se encontraba bien. Llevaba demasiado tiempo cargando con muchas incertidumbres. Estaba harta de vivir una farsa. Le había hecho creer a su marido que estaba dispuesta a olvidar la relación que había tenido con Andrea y ahora se encontraba siendo presentada al mundo como la esposa de Lee cuando, en realidad, no estaba muy segura de si realmente ése era su papel y si iba a poder soportar encontrarse entre el fuego cruzado de dos personas que, tal vez, todavía sintieran algo la una por la otra.

Cuando llegaron a casa, Lee le sirvió un brandy y le preguntó qué le ocurría. Rhiannon cerró los oíos y decidió que no era aquél ni el momento ni el lugar para contarle la verdad, así que se tomó el licor y decidió mentir de nuevo.

—Estoy agotada. Últimamente, no he parado ni un momento —dijo.

Lee se fijó en las ojeras que tenía y maldijo en voz baja.

—¿Por qué no descansas un poco? —le propuso.

Era aquel momento, empezaron a llegar los invitados, así que Rhiannon se terminó el brandy de un trago y se puso en pie.

—Puedo hacerlo. Venga, vamos.

La gota que colmó el vaso fue una mirada. Sólo una mirada, pero de una intensidad que Rhiannon quedó destrozada.

Después de comer y beber, todo el mundo se había relajado y los presentes no paraban de decirle a Rhiannon que Southall no había estado nunca tan bonito.

En un momento dado, Rhiannon decidió ir al baño a empolvarse la nariz y fue entonces cuando vio a Lee y a Andrea cruzándose en el pasillo.

Ellos no la veían, pero, desde donde estaba, Rhiannon observó cómo se paraban a pocos centímetros de distancia y se miraban intensamente, como si entre ellos hubiera un hambre feroz.

Rhiannon observó cómo Lee miraba a Andrea de arriba abajo y observó cómo Andrea aceptaba su mirada apretando los puños.

Rhiannon no pudo evitar pensar con mucho dolor que Lee jamás la había mirado a ella así, como si quisiera grabar para siempre aquella imagen en su mente.

Rhiannon se giró y, en silencio, fue a su dormitorio, hizo el

equipaje y dejó el collar de perlas sobre la cama con una nota. A continuación, se cambió de ropa y salió por la puerta de atrás, la que daba directamente al garaje. Por suerte, no había coches que le impidieran la salida, así que se montó en su coche y se fue.

Capítulo 8

Iba bajando por la carretera que llevaba de Mount Tamborine a Nerang cuando vio a un policía que le hacía señas para que parara.

Rhiannon así lo hizo aunque lo último que le apetecía en el mundo era que le hicieran una prueba de alcoholemia.

Al parar y bajar La ventanilla, sin embargo, vio que el agente no tenía el equipo para realizar aquella prueba y se preguntó si habría excedido el límite de velocidad.

—¿Es usted la señora Richardson, Rhiannon Richardson? —le preguntó el policía.

—Sí —contestó Rhiannon—. ¿Cómo lo sabe?

El agente, un hombre alto y joven, ignoró su pregunta y le hizo una seña con la mano a su compañera, que estaba dentro del coche patrulla. La mujer salió hablando por el teléfono móvil y cortó la llamada justo al llegar junto al coche de Rhiannon.

—Le presento a mi compañera, la agente Laura Givens. Yo soy Jim Daley.

—Ah, muy bien… ¿qué tal?—contestó Rhiannon.

—Muy bien, mire, estamos haciendo pruebas de rutina. Nos gustaría mirar a ver qué tal lleva usted las luces de frenada y algunas cosas más —la informó el agente—. ¿Le importaría pisar el freno?

A pesar de que Rhiannon tenía prisa, no tuvo más remedio que obedecer.

—Muy bien, parece que funcionan perfectamente —dijo el agente —. ¿Me permite su carné de conducir, por favor?

Rhiannon rebuscó en el bolso y se lo entregó.

—Me he casado hace poco y todavía no me ha dado tiempo de cambiar el apellido —le dijo.

—No pasa nada, pero hágalo en cuanto pueda —contestó el agente mirando el coche que acababa de aparcar detrás del de Rhiannon—. Bueno, señora Richardson, su marido quiere hablar con usted.

Rhiannon miró por el retrovisor y observó con asombro que Lee se bajaba del 4x4 que había parado detrás de ella.

—No me lo puedo creer —murmuró.

Lee se acercó y abrió la puerta.

—Gracias, chicos —les dijo a los agentes—. ¿Os importaría hacerme un gran favor? —añadió entregándoles las llaves de su coche —. ¿Me lo lleváis a Southall? Rhiannon y yo volveremos en el suyo. Tenemos que hablar —concluyó indicándole a su mujer que se hiciera a un lado porque iba a conducir él.

***

—¿Cómo te atreves a hacer una cosa así? —explotó Rhiannon—. ¿Cómo te atreves a decirle a la policía que me detengan? ¡Iba a dejar el coche en el aeropuerto! ¡No te lo iba a robar!

—En ningún momento le he dicho a la policía que te detuviera —contestó Lee—. Conozco a Jim y a Laura de toda la vida y lo único que hecho es pedirles que te retuvieran un rato hasta que yo llegara. Para que lo sepas, el coche no me importa en absoluto. Además, es tuyo.

—¿Y te has parado a pensar lo mal que queda pedirle algo así a la policía?

—¿Y tú te has parado a pensar lo mal que queda dejarme plantado el día de la misa en memoria de mi padre?

Rhiannon no contestó.

—Les he tenido que decir a todos que tu padre había empeorado y que has tenido que irte de repente.

—Efectivamente, me voy —contestó Rhiannon—. Os dejo el camino libre a Andrea y a ti —gritó Rhiannon—. Lo que hay entre tú y yo podría haber funcionado si lo tuyo con Andrea hubiera quedado en el pasado, pero no es así —añadió tomando aire repetidamente—. Mientras ha durado, lo nuestro ha sido maravilloso, pero me gustaría que termináramos aquí y ahora, rápida y limpiamente. Tengo otras cosas que hacer en la vida y, en cualquier caso, lo nuestro siempre ha sido más una cuestión de conveniencia que de almas gemelas.

—¿De verdad? ¿En la luna de miel también? —contestó Lee mirándola de reojo.

—Aquello fue maravilloso, pero ahora me pregunto si no lo organizarías para no pensar en ella. En cualquier caso, me voy. Lo tendría que haber hecho en cuanto me contaste lo que había habido entre vosotros.

—No, no voy a permitir que te vayas. Contéstame a una pregunta. ¿Por qué estas tan mal cuando dices que lo nuestro siempre fue una cuestión de conveniencia y no de almas gemelas?

—Pues… pues… porque… porque ha sido un cambio muy repentino y todavía no me he hecho a la idea.

—Rhiannon…

—Lee, he visto cómo la mirabas en el pasillo y nada de lo que digas o hagas me va a convencer de que entre vosotros está todo terminado.

Lee suspiró.

—Puede que tarde unos días en organizar la mudanza de mi padre y de mi tía, así que te pido un poco de paciencia…

Lee paró el coche en el arcén.

—Hay dos razones por las que no voy a permitir que me abandones —le advirtió mirándola fijamente—. Para empezar, porque Andrea no ocupa ningún lugar en mi vida, lo creas o no. Y, para seguir, porque, puede que estés embarazada.

Rhiannon lo miró perpleja.

—¿No se te había ocurrido?

Rhiannon negó con la cabeza.

—Pues, por si no te has dado cuenta, nos hemos arriesgado unas cuantas veces. Vamos a ir ahora mismo a comprar una prueba de embarazo aunque ya te digo que, aunque sea negativa, no voy a permitir que te vayas.

Rhiannon abrió la boca para decirle que, si no estaba embarazada, no iba a poder impedirle que se fuera, pero decidió morderse la lengua y ver qué decía la prueba.

Estaba embarazada.

Lee había reservado una habitación en un lujoso hotel y se había tomado la buena nueva mucho más calmadamente que Rhiannon. que se debatía entre la esperanza y el miedo de volver a perder al niño.

Aunque Lee no fuera su alma gemela, era el padre de su hijo. No estaba sola. Lo necesitaba desesperadamente, necesitaba su fuerza y su apoyo, así que, cuando Lee le pidió que no lo dejara, accedió apoyando la cabeza en su pecho y abrazándolo.

Se quedaron en la playa una semana y Rhiannon aprovechó para ir al ginecólogo. Cuando le contó que ya había tenido un aborto, el médico le dijo que se tenía que cuidar, pero que no tenía riesgo de volver a sufrirlo.

Claro que le prohibió montar a caballo y mantener relaciones sexuales durante el primer trimestre. Lee, que estaba con ella en el momento en el que el ginecólogo se lo dijo, no objetó nada.

De mutuo acuerdo, decidieron dormir en camas separadas. Rhiannon había dejado de pensar en Andrea y se dijo que era lo mejor dadas las circunstancias si no quería volverse loca.

—Andrea ha vuelto a Francia —le dijo Lee como si le estuviera leyendo el pensamiento—. Tiene allí su vida y sus amigos. Creo que estaba pensando en dedicarse al diseño de ropa. Con el dinero que le hemos dado, se lo podrá permitir.

Rhiannon no dijo nada.

—Mi hermano y Mary han sido de incalculable valor en las negociaciones —continuó Lee agarrándola de la mano.

—Entonces, ¿ese capítulo de tu vida está cerrado?

—Por supuesto que sí —le aseguró Lee—. Ahora, tenemos que seguir con el nuestro.

Rhiannon se preguntó si sería cierto. Para empezar, porque Lee nunca había negado que entre Andrea y él no hubiera cosas por cerrar. Sin embargo, Rhiannon quería tener una nueva vida junto a él, así que tomó aire y sonrió.

—Muy bien —le dijo.

Capítulo 9

Matt y Mary tuvieron una niña a la que le pusieron el nombre de Tabitha. Se trataba de un precioso bebé pelirrojo como su madre.

El bebé de Lee y de Rhiannon nacería en quince días. El embarazo había ido muy bien y Rhiannon admitía que los meses de espera habían sido apacibles y tranquilos. Durante aquel tiempo y con ayuda de Sharon, había organizado unos cuantos conciertos al aire libre. A su padre le había encantado la iniciativa. Había habido un momento algo tenso cuando le habían contado quién era en realidad Lee, pero, estando su hija embarazada y teniendo en cuenta que se había hecho muy amigo de su yerno, Luke había decidido olvidarse del tema.

En cuanto a su tía Diana, Cliff y ella se había hecho inseparables y estaba radiante. Incluso *Poppy* estaba mucho mejor gracias a Lee que, al final, se había convertido en un susurrador de ponis.

El matrimonio de Lee y Rhiannon discurría en paz, eran buenos amigos y se conformaban con lo que tenían.

Aunque Rhiannon había temido en un momento dado que Lee le llegara al corazón, ya no tenía nada que temer porque aquella magia que había existido entre ellos al principio había desaparecido.

Su matrimonio se movía dentro de los parámetros que ella misma había establecido al comienzo de la relación. Lee y ella se gustaban, se caían bien y confiaban el uno en el otro, estaban construyendo algo juntos y tenían un proyecto de vida en común. Además, pronto serían una familia.

Todo lo que siempre había deseado, ¿no?

Sin embargo, de vez en cuando, Rhiannon no podía evitar sentirse triste porque sabía que, en el fondo, aunque vivían juntos, estaban separados. Normalmente, conseguía no plantearse demasiado esas cosas, pero, cuando Lee se iba de viaje, se sentía muy sola y no podía evitar desear que su unión fuera algo más…

Un día, sin querer, Mary abrió la caja de los truenos.

Matt, Tabitha y ella habían ido a pasar el fin de semana a Southall. Era invierno y estaban todos reunidos en torno al fuego en el salón.

—Se me ha ocurrido una idea —anunció Mary—. Todavía no hemos bautizado a la niña y estaba pensando que podríamos esperar y bautizarlos a los dos juntos. ¿Qué te parece, Rhiannon? He hablado con Andrea y a ella le parece fenomenal. Me ha dicho que tenía intención de venir a hacernos una visita, así que la puede hacer coincidir con los bautizos.

Rhiannon la miró con los ojos como platos y Matt bajó la mirada.

—Lo siento, Mary, pero Rhiannon y yo tenemos otros planes —contestó Lee.

—¿Ah, así? ¿Por qué? —Se sorprendió su cuñada—. No me irás a decir que todavía no has perdonado a Andrea por casarse con tu padre.

—No, no es eso —contestó Lee—. ¿Es Tabitha la que está llorando? —añadió.

—Sí —contestó Mary tomando a Matt de la mano—. Vamos, cariño, me parece que vamos a tener una noche movidita.

Una vez a solas. Lee se puso en pie y echó otro tronco al fuego.

—Esta chica nunca cambiará —comentó refiriéndose a Mary.

—¿Sabe lo tuyo con Andrea? —le espetó Rhiannon.

—No.

Rhiannon se quedó pensativa un rato.

—A mí no me parece tan mala idea, ¿sabes? —comentó de repente —. Me refiero a lo de bautizar a los dos niños juntos. Además, en algún momento vamos a tener que romper el hielo con Andrea.

Lo cierto era que Rhiannon ya estaba harta de hacer siempre lo que Lee quería y había decidido poner sus límites para que no le comiera terreno. Debía aprender a ser asertiva, a no llegar a la agresividad, pero a dejar muy claro cuáles eran sus preferencias.

—¿Qué me estás diciendo? —se sorprendió Lee.

—Quiero hacerlo y lo voy a hacer, así que ya le puedes ir diciendo a Mary que has cambiado de opinión.

—Rhiannon, escúchame, necesito…

—¡No, basta ya! —le interrumpió Rhiannon furiosa—. Te agradecería que te fueras y me dejaras sola.

Lee se quedó mirándola, se puso en pie y se fue.

Aquella noche, Rhiannon durmió en una de las habitaciones de invitados y no pegó ojo en toda la noche. Estaba confusa y enfadada.

¿Por qué demonios quería bautizar a los dos niños juntos en presencia de Andrea? En realidad, no lo quería, pero había sido la única manera que había encontrado de desafiar a Lee.

¿Y no lo habría hecho para rebelarse contra sí misma por haberse traicionado y haber hecho lo que se había jurado que jamás haría, enamorarse de un hombre que podía hacerla sufrir?

Al día siguiente, se levantó muy mal y, en cuanto Matt y Mary se

hubieron ido, Lee la acorraló en su despacho.

—Rhiannon, tenemos que hablar. Esto no es bueno ni para ti ni para el bebé.

—Estoy bien.

—Pues no lo parece.

—Físicamente, me encuentro bien —insistió Rhiannon—. Anímicamente, no me importa desempeñar el papel que me ha tocado.

—¿Y qué papel es ése?

—El del ama de llaves feliz que acaba en la cama del jefe —contestó—. Sí, ya sé que no me has obligado, que lo he hecho porque he querido —añadió al ver que Lee la miraba estupefacto.

Rhiannon suspiró.

—La verdad. Lee, es que estoy harta de que lleves tú siempre la voz cantante en todo.

—¿Lo dices porque no quería un bautizo de circo o es que no quieres oír la verdad? Andrea…

Pero Rhiannon se tapó los oídos y salió del despacho.

Se pasó todo el día lloviendo a raudales y por la noche estalló una gran tormenta. Como consecuencia, muchos árboles cayeron al suelo y las carreteras se convirtieron en torrentes.

En Southall, solamente estaban Lee y Rhiannon. Su padre y Diana se habían ido a Brisbane a un concierto, Cliff y Christy estaban de vacaciones y le habían dicho a Sharon que no se arriesgara a ir a trabajar con la que estaba cayendo.

Rhiannon estaba algo avergonzada por su comportamiento infantil, pero seguía enfadada con Lee, así que hizo todo lo posible para no encontrarse con él, lo que no le resultó difícil porque Lee estuvo toda la mañana con el ganado y por la tarde salió a ayudar a rescatar a los ocupantes de un coche que había quedado a la deriva en el agua.

Rhiannon le dejó la cena preparada en la cocina y lo esperó despierta.

Cuando Lee volvió a casa, encontró a Rhiannon dormida en el sota frente a la chimenea.

Rhiannon abrió los ojos y vio a Lee sentado frente a ella, duchado y con ropa limpia, observándola.

—Hola —lo saludó—. ¿Habéis podido rescatar a esa gente? —Se interesó incorporándose.

—Sí, pero la situación está muy mal —contestó Lee—. Hay árboles caídos por todas partes y no se puede salir en coche, sólo a pie y a caballo.

En aquel momento, se fueron las luces.

—Me temía que esto podría pasar, así que he traído lámparas de queroseno. El teléfono tampoco funciona.

En aquel momento, Rhiannon sintió una humedad extraña entre las piernas y se dio cuenta de que acababa de romper aguas.

—¿Qué te pasa? —le preguntó Lee al ver su cara de preocupación.

—Me acabo de poner de parto —contesto Rhiannon—. Oh, Lee, menuda noche. ¿Qué vamos a hacer?

—No te preocupes —contestó Lee poniéndose en pie—. Todo saldrá bien. Los teléfonos móviles sí funcionan, así que voy a llamar a emergencias. Tú relájate y cronometra las contracciones.

Media hora después, sabían que era imposible que un helicóptero fuera a buscarlos debido al temporal. Tras hablar con un medico, éste les dijo que, seguramente, quedaban muchas horas para el parto, pero que debían estar preparados para cualquier cosa.

Lee decidió prepararse de verdad. Tras elegir el salón como la estancia más caliente y con más luz de la casa debido a la chimenea, llevó una cama, instaló a Rhiannon en ella, le dio un camisón amplio y puso a mano agua, jabón, unas tijeras previamente hervidas en un hornillo y toallas limpias.

—Quiero que sepas que no es la primera vez que atiendo un parto —le dijo mientras se tomaban una taza de té.

Rhiannon tenía contracciones cada diez, minutos.

—¿Ah, no? —se extrañó.

—No, he ayudado a traer al mundo a un potro y a dos terneros. Puedes confiar en mí —contestó Lee muy orgulloso.

—Lo sé —sonrió Rhiannon.

A continuación, se quedaron escuchando la lluvia en silencio.

—La única persona en el mundo que me ha hecho sentir con tanta intensidad has sido tú, Rhiannon —dijo Lee de repente—. Me hiciste sentir que te capturaba, lo que era para mí todo un triunfo porque eres una mujer realmente difícil, ¿sabes? Pero yo quería estar contigo. Lo sigo queriendo. Te echo de menos. Mucho. Echo de menos la magia que había entre nosotros.

Rhiannon se quedó mirándolo a los ojos y vio que Lee hablaba desde el dolor, así que abrió la boca para consolarlo, pero se tensó ante la llegada de otra contracción. Lee la tomó de la mano con fuerza.

—Quiero que sepas que, si pudiera elegir, no elegiría estar en estos momentos en ningún otro lugar ni con ninguna otra persona. Quiero

estar contigo, aquí y ahora —le dijo cuando la contracción hubo pasado—. Es cierto que me encontré con Andrea después de la misa en memoria de mi padre y que, por un momento, todo lo que había habido entre nosotros revivió, pero no te puedes imaginar lo rápido que me olvidé de ello cuando fui en tu búsqueda y encontré las perlas y la nota en la almohada. Entonces, comprendí que Andrea era el pasado y que tú eras el futuro. La idea de perderte se me hizo insoportable —confesó—. Aguanta, Rhiannon —le dijo al ver que Rhiannon se contraía de nuevo—. Respira como te han enseñado… Así, muy bien —le indicó consultando el reloj y frunciendo el ceño.

—Ésa ha llegado antes de tiempo, ¿no?

—Sí —contestó Lee—. Ocho minutos. ¿Estás bien?

—Continúa —le pidió Rhiannon.

—Fue como si la Andrea de la que yo estuve enamorado no fuera de verdad, como si nunca hubiera existido. Lo único que quedaba de ella eran sus maquinaciones diabólicas—. De repente, entendí que ya no tenía ningún poder sobre mí, que lo nuestro había terminado de verdad, que me había librado de ella y que todo había sido gracias a ti.

—¿Por qué no me lo dijiste antes?

—¿Me habrías creído?

—No —contestó Rhiannon tras recapacitar.

—Además, me dijiste que nuestro matrimonio era de conveniencia y que no éramos almas gemelas y, como tú normalmente hablas en serio… Por si acaso, intenté convencerte sin palabras de que lo nuestro iba en serio, pero te has resistido como gata panza arriba. Cada vez que he intentado acercarme a ti, has salido corriendo.

Rhiannon asintió pues era cierto que lo había evitado durante todo el embarazo y no sólo durante los tres primeros meses, como le había indicado el ginecólogo.

—Además, teniendo en cuenta que estabas embarazada, no quería provocar ninguna situación tensa, así que decidí esperar —añadió Lee.

—Oh, Lee… —suspiró Rhiannon sintiendo otra contracción.

Estaba sudando, así que Lee le secó la frente.

—Respira, respira… eso es… muy bien. Lo vamos a hacer muy bien juntos, ya lo verás —la tranquilizó—. Voy a respirar contigo.

Mientras respiraban al unísono, Rhiannon se dio cuenta de que Lee le estaba pasando su confianza y su fuerza y se apoyó en ellas para superar el dolor.

Cuando pasó aquella contracción, se percató de que estaba llorando, pero no eran lágrimas de tristeza ni de dolor sino de alegría porque percibía que Lee le había contado la verdad y ella lo creía. Era

obvio que, de no ser así, no podría estar insuflándole fuerza y compasión en el corazón como lo estaba haciendo.

—Lee, me he comportado como una roca porque me parecía que era la única manera de poder sobrevivir ante la duda de si tú sentías algo todavía por Andrea, pero lo cierto es que te quiero. Te he querido casi desde el principio. Por eso me fui, porque estaba sufriendo mucho.

—¿Lo dices en serio?

—¡Sí, claro que sí!

—¿Y cómo no me he dado cuenta? —Se maravilló Lee.

—Porque soy muy buena actriz —intentó sonreír Rhiannon.

Lee cerró los ojos, le tomó el rostro entre las manos y la besó.

—Te quiero —le dijo mirando al cielo—. Te quiero, te quiero, te quiero mucho.

—Yo también te quiero —contestó Rhiannon abrazándolo con fuerza—. Me siento como si fuéramos una sola persona.

—Gracias a Dios —suspiró Lee tomándola entre sus brazos.

Su hija, a la que llamarían Reese Margaret en memoria de sus dos abuelas, decidió que aquel era un buen momento para llegar al mundo y Lee y Rhiannon no tuvieron más remedio que separarse y atenderla.

—¡Otra niña! —exclamó Lee encantado—. Rubia como su madre y seguro que igual de encantadora e inteligente. ¡Hola, tigresa! —añadió cuando la pequeña se puso a llorar.

Rhiannon sonrió feliz.

Un rato después. Lee le entregó a la niña bañada y envuelta en una toalla. A continuación, se sentó a su lado y se quedo mirándolas encandilado.

—Ya somos tres —murmuró Rhiannon mirando a su hija y a su marido con adoración—. Gracias por todo —añadió tomando a Lee de la mano—. Gracias por ayudarme a traerla al mundo y gracias, sobre todo, por quererme.

—Siempre te querré, Rhiannon —le prometió Lee cerrando los ojos.

Epílogo

—¡Lee, pero si no es mi cumpleaños! —exclamó Rhiannon ese mismo día un año después.

—No, pero hoy hace un año que trajimos al mundo a nuestra hija entre los dos y aquel día fue el primero de nuestras vidas, ¿no te parece?

Estaban los dos en la cama, desnudos pero deliciosamente calientes bajo un maravilloso edredón de plumas, y Lee le acababa de entregar un estuche negro.

Rhiannon lo abrió y vio un maravilloso par de pendientes de perlas de los Mares del Sur que estaban montados igual que el cierre del famoso collar de perlas que tanto juego erótico les daba y que llevaba puesto en aquellos momentos.

—Me encanta verte desnuda con las perlas —murmuró Lee acariciándola.

—Me siento otra vez como una sirena. Posiblemente sea por las perlas de los Mares del Sur —sonrió Rhiannon mientras Lee comenzaba a acariciarle los pechos.

Pero justo en ese momento oyeron una vocecilla procedente de la habitación de al lado y ambos pusieron los ojos en blanco con expresión cómica.

—Siempre nos queda esta noche —dijo Lee besándola—. Ponte el camisón, que voy a buscarla —añadió levantándose.

Una vez a solas, Rhiannon se puso el camisón y se quedo tumbada en la cama, feliz, más enamorada que nunca, sonriendo al escuchar la conversación que estaba teniendo lugar en la habitación de su hija.

—¡Hola, tigresa! —le dijo Lee a Reese Margaret con cariño—. ¿Has dormido bien?

—¡Papá, papá, papá! —contestó la niña, emocionada.

Fin